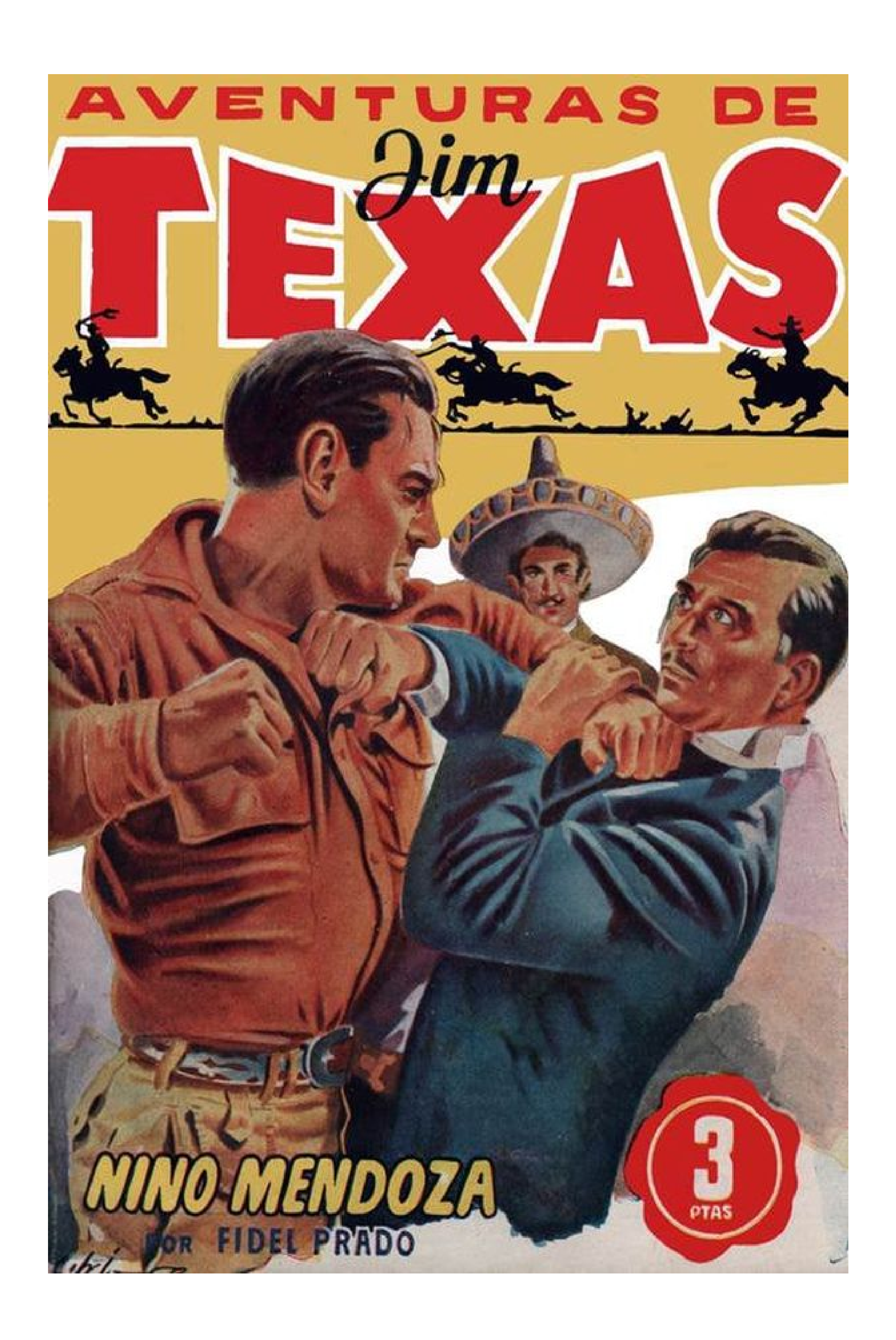
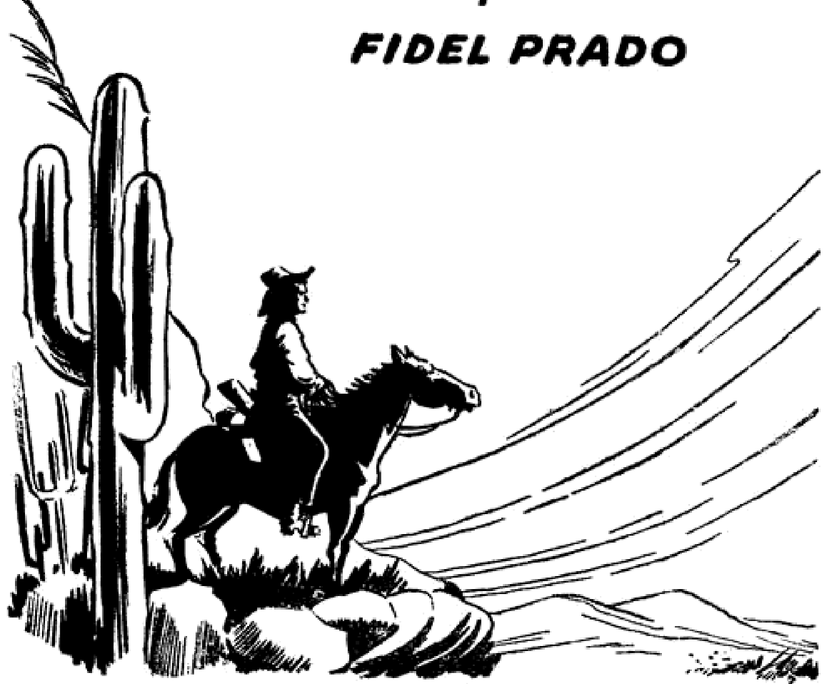

AVENTURAS DE
Jim
TEXAS
NINO MENDOZA
POR FIDEL PRADO
3
PTAS

Aventuras de JIM TEXAS

por

FIDEL PRADO



IMPRESO EN

GRAFICAS BRUGUERA

BARCELONA


NINO
MENDOZA
por
FIDEL PRADO

Capítulo Primero

El asalto al campamento

EL teniente que mandaba el pequeño destacamento, un mocetón alto y fibroso, con el pelo muy rubio y leonado y los ojos azules, típico retrato del irlandés, auténtico, quedó envarado contemplando al soldado con su jinete a la zaga, y preguntó, arrastrando mucho las frases:

—¿Qué diablos es eso, James? ¿De dónde te ha brotado ese jinete y qué desea?

Jim se adelantó a él después de saltar elegantemente del caballo, y exclamó:

—Teniente, me llamo Jim Texas. ¿Le dice a usted algo este nombre?

El teniente abrió mucho los ojos, sonriendo con aire infantil, y exclamó alegremente:

—¡Diablo! ¡Claro que me dice, en el supuesto de que sea usted el Jim Texas que toda la nación conoce como uno de los más destacados héroes de la guerra del Sur!

—Bien, lo de héroe vamos a dejarlo. En efecto, soy ese Jim Texas que usted supone, y tengo que rogarle que no siga adelante, porque el servicio que cree usted que va a prestar es sólo una

trampa.

—¿Cómo, una trampa? ¿Qué dice usted?

—Que les han brindado una información falsa para obligarles a abandonar el campamento y dejarle medio desguarnecido. No hubo asalto de diligencia alguna al otro lado del cañón, ni los apaches han dado señales de vida.

—¿Cómo? Entonces… ¿qué se pretende?

—Simplemente, dividir la guarnición para asaltar el campamento, apoderarse de las armas y los cañones, y eliminar la guarnición más fácilmente. Primero intentarán batir a los que quedan allá abajo, y luego revolverse contra ustedes y aniquilarles.

—¡Por el infierno! ¿Quién ha concebido ese plan tan absurdo?

—No es absurdo, teniente. Es obra de los mormones, que necesitan las armas para apoderarse después de Salt Lake City y restablecer su hegemonía en la ciudad. Hay más de quinientos hombres armados entre las cortadas, que en este momento estarán descendiendo por la senda para asaltar a sus compañeros.

El teniente, rabioso, rugió:

—¡Por vida de Satanás!… ¡Media vuelta, muchachos! ¡Al galope al campamento!

—Un instante —advirtió Texas—; no se precipite. Si llega usted antes de que ellos mismos se encierren en la trampa, la batalla será más dura y más sangrienta. Déjeles que inicien el ataque y, confiados, se metan en los límites del campamento. Cuando estén abajo asaltándole, les caeremos por la espalda, y, cogidos entre dos fuegos, serán diezmados. Ellos confían en tener libre la retirada, porque creen que ustedes tardarán, cuando menos, un par de horas en regresar, después de verse chasqueados.

El teniente ponderó el consejo, y preguntó:

—¿Cómo conoce usted todo eso y está aquí?

—Sería muy largo de contar, teniente; pero sepa que vengo con órdenes especiales del Gobierno para apresar a Brigham y ayudar a terminar con el mormonismo y con su cuadrilla de asesinos «Los Ángeles Exterminadores». He estado entre ellos escondido hasta ahora mismo, y me he podido evadir saltando sobre la grupa de ese caballo para evitar que se alejase usted con sus hombres. Espere un poco a que suenen los primeros tiros, señal de que se han lanzado al combate, y después les cogeremos por la espalda.

El teniente se sentía nervioso. Su deber era retroceder inmediatamente sin más demora, pero el prestigio de Jim como militar y superior en grado a él, y su conocimiento de la táctica, le impedían desoír el consejo.

Se mantuvo erguido sobre el caballo, con el oído atento.

La noche, clara y serena, parecía haber dormido las montañas, y ningún ruido sospechoso llegaba hasta él.

No habían transcurrido diez minutos, cuando la paz letal del cañón se rompió, con el estampido de varias detonaciones, que instantes después se multiplicaban hasta formar un continuo y prolongado repiqueteo, como si una olla llena de perdigones al cocer rebotasen sobre las paredes metálicas del recipiente.

—Bien, ya empezó la fiesta —comentó Texas—. Creo que podemos regresar al campamento.

El teniente, con galantería, le ofreció: /

—Suba a mi caballo, capitán.

Texas saltó a la grupa, y el joven, poniéndose al frente de sus hombres, ordenó:

—¡Adelante, muchachos! ¡Vamos a barrer a esos sapos, no dejando ni uno vivo, por traidores!

El pelotón se puso en marcha al galope, y pocos minutos más tarde alcanzaba la bifurcación de la senda, a cuyo final el crepitar de la fusilería era ensordecedor.

El joven teniente preguntó, un poco inquieto:

—¿No serán demasiados, capitán? Ahí abajo está estallando un infierno de tiros.

—Sí, son muchos, pero no demasiados. Podemos neutralizar el número con la táctica. Espere un momento.

Avanzó al borde de la senda con la mirada elevada al talud, y silbó. Una cabeza asomó por el reborde.

—¡Pronto, Born! —Ordenó Jim—. Busque a Nino y únanse a nosotros con los caballos. Vamos a tomar parte en el festejo.

—¡Oh, ya era hora! —comentó el agente—. Estaba que me bailaban los dedos junto al rifle.

Desapareció, y pocos minutos después por la dura senda rebotaban los cascos de sus caballos.

Nino y Born se unieron al grupo, y Jim, montando sobre su magnífico «Huracán», ordenó:

—Cuando usted quiera, teniente.

—¡Adelante, mis valientes!

El pelotón de jinetes se lanzó senda abajo, y, cuando llegó a la mitad, descubrieron en la noche el resplandor ininterrumpido de los fogonazos y multitud de sombras que se movían en la hondonada.

Como un alud acabaron de descender y sus rifles empezaron a tronar y a sembrar la muerte alrededor.

Los mormones, que no esperaban aquel ataque por la espalda, se vieron cogidos entre dos fuegos, y la desorientación más espantosa se filtró en sus filas. Parte de los atacantes se volvieron para hacer frente a aquel inesperado peligro, mientras los más avanzados, próximos a los pabellones que formaban el campamento, se esforzaban en tomarlos al asalto, para eliminar a sus heroicos defensores y apropiarse de los cañones.

Parecía que los mormones, asustados, iban a flojear en la lucha, cuando una voz, ruda, autoritaria e hiriente, que brotó entre la confusión, y que Texas reconoció, sin poder localizar exactamente de dónde procedía, gritó:

—¡Calma!… No desmoralizarse… Los más próximos a la senda que hagan cara al ataque. Sólo tienen cuarenta hombres enfrente.

Hubo un conato de reacción y los asaltantes formaron dos grupos. Uno, que siguió atacando las construcciones, y otro, que se revolvió contra el pequeño pelotón.

Éste, rabioso, se iba a lanzar ciegamente para abrirse paso y llegar a auxiliar a los de los pabellones, pero Texas, asumiendo el mando de la pequeña tropa, rugió:

—¡Quietos! ¡Que nadie avance de aquí! ¡Disparad, disparad cómo diablos! ¡Que no pueda salir nadie!

Un huracán de plomo brotaba de la estrecha senda, barriendo ésta e imposibilitando a los atacantes para iniciar el ascenso por ella; pero, en cambio, como el sendero era estrecho, los tiros se concentraban sobre aquellos siete metros de terreno, y ya algunos heroicos soldados habían caído, barridos por los proyectiles enemigos. Texas dio una orden:

—¡Atrás!… ¡Veinte hombres que tomen posiciones en las grietas de las paredes y disparen a mansalva! ¡Los demás, que cierren el paso! ¡Los caballos sin jinete, a retaguardia!

La orden fue obedecida. La mitad del grupo desmontó y,

protegida por sus compañeros, ganó los salientes de las rocas, tomando posiciones que les ponían a cubierto de aquel mortífero fuego y, al tiempo, les permitían disparar con desahogo hacia abajo.

Cuando habían tomado posiciones, dos soldados se hicieron cargo de los caballos, retirándoles de la senda, y docena y media de jinetes, con el teniente, Texas, Born y Nino a la cabeza, mantenían a su vez un fuego terrible contra los que les hacían cara, tratando de contenerlos. Pero como peleaban al descubierto y su posición era peligrosísima, Texas ordenó:

—Vamos para arriba. La cuestión es taponar la salida. Los hombres que disparan desde los taludes se bastarán para mantenerles a raya y obligarles a dar la cara.

Se retiraron en orden, y, apenas habían dejado de constituir un peligro inminente, una parte de los mormones, creyendo que se retiraban diezmados, se lanzaron por la senda dispuestos a terminar de aniquilarlos.

Su hazaña les obligó a soportar el fuego cruel y trágico de los soldados encaramados en los peñascales, que disparaban a cubierto y con eficacia, y cuando un buen número de atacantes logró rebasar aquel terrible peligro y ganó la mitad de la senda, Texas, que parecía haber adivinado aquella reacción suicida, gritó:

—¡Adelante a todo galope!

Unos veinte hombres, como una, riada, descendieron por la senda a un trote infernal. Tres cayeron alcanzados por los proyectiles que trataban de cortarles el paso, pero en menos que se tarda en relatarlo los caballos se habían echado sobre el compacto grupo, casi no hizo falta el plomo de los rifles y revólveres para aplastarlos. Los cascos de los caballos bastaron para convertir aquella en una pisoteada y destrozada masa de carne que caía entre las patas de las cabalgaduras y rodaba por la pendiente en medio de un pandemónium de gritos y lamentos.

Nino, en vanguardia, armado de dos terribles «Colt» y con el rifle en la silla, al alcance de la mano, disparaba con la rapidez de que tantas pruebas había dado, y, lleno de entusiasmo, rugía:

—¡Adelante, manitos, maldito sea el infierno! ¡Barramos a estos pringaos o así, que los escorpiones se coman!… Toma tú, pelao indecente… Eso para ti, para que no abras esa boca de cloaca que tienes… Toma tú, chacal venenoso, que hoy me voy a hacer una

ensalada de higadillos mormónicos, creo yo, que me van a tener que barrer el estómago con un escobón para limpiármelo.

El terrible mejicano era como un dios de la guerra que empezaba a sembrar el pánico y el desconcierto más que entre todos sus compañeros. Moviéndose en la silla como una veleta, agitada por un huracán, parecía poseído de cien ojos para evitar los mortales impactos a él dirigidos, y tan pronto se pegaba al cuello de «Rayo», como se dejaba escurrir al estilo indio sobre un flanco, hurtando su corpachón enorme a la vista de sus enemigos como surgía de improviso en la silla, extendiendo sus poderosos brazos y disparando por partida doble sobre sus más próximos enemigos, que caían abatidos como árboles tronchados por el huracán.

Varios jinetes salieron a su encuentro, dispuestos a dar fin de él. Nino se dio cuenta de la maniobra y, encabritando su caballo, disparó sobre los dos más próximos a derecha e izquierda, lanzó luego su fiel montura sobre los dos que tenía enfrente, filtrándose sobre ellos, al tiempo que alargaba sus brazos, y los dos jinetes, arrancados de la silla, volaron a varios metros de distancia como plumas, en tanto que, revolviéndose, disparaba sobre otros dos y atropellaba a otro, derribándole con su montura, para patearle después.

Al otro lado de la hondonada, el jefe del campamento atrincherado en los barracones hacía disparar desde las ventanas, tratando de mantener a raya a los asaltantes. Algunos soldados, parapetados tras la empalizada donde se reunía el ganado, habían conseguido amontonar algunos sacos de avena y grano, y, haciendo de ellos una sólida trinchera, disparaban rabiosos sobre aquella enorme masa, que se debatía en tan estrecho lugar de una manera absurda.

En el primer momento habían desesperado de poder contener a tan enorme número de asaltantes, pero cuando se dieron cuenta de que el resto de sus compañeros habían regresado inopinadamente, cogiendo entre dos fuegos al enemigo, renació en ellos la esperanza, y se dispusieron a realizar heroicidades o a caer dignamente defendiendo el campamento.

Confiaban en que el resto de la tropa podría abrirse paso para reforzarles y formar un frente único, pero se sentían temerosos de que tal cosa no pudiese realizarse al observar que se retiraban de la

senda y que los mormones se lanzaban tras ellos.

Pero pronto el jefe se dio cuenta de la táctica y la aprobó con admiración. Los farallones se inflamaban de luces rojas y amarillentas, indicándoles la estrategia de sus soldados, preservando sus vidas y atacando con protección, mientras que los que habían iniciado el avance senda arriba volvían a retroceder hacia la hondonada, arrollados por un grupo de jinetes que parecían demonios más que hombres.

Los atacantes, no mal dirigidos, trataban de distraer la atención de los soldados en determinados puntos, en tanto que los más arrojados concentraban sus esfuerzos sobre un sólido pabellón, donde se guardaban las armas. Confiaban en poder asaltarle y apropiarse algún cañón, para incluso con él batir los pabellones y decidir cuanto antes aquella sangrienta lucha.

Fué tal el esfuerzo que reconcentraron en esta idea, que llegó un momento en que consiguieron llegar al edificio y barrer de las ventanas a los defensores, saltando por ellas intrépidamente.

Una lucha terrible se entabló en el interior. Los revólveres y rifles apenas si servían en aquel maremágnum de hombres entremezclados, y se peleaba al arma blanca, con las manos, cuanto servía para, atacar y defenderse. Era una situación desesperada, que el resto de los soldados no podían evitar, encerrados en sus posiciones, sin poder romper el cerco.

Gritos de alocada alegría surgían del pabellón. En tanto que unos contenían a los soldados dentro de él, luchando rabiosamente, otro grupo había alcanzado el patio posterior, donde se hallaban los pequeños cañones, y, rabiosos, los hacían rodar para sacarlos fuera, en tanto que un grupo bien aleccionado buscaba las granadas que les servían de alimento.

Nada de esto pasaba desapercibido a los ojos de Texas, que, peleando fiera pero prudentemente, se preocupaba más que de unirse a los defensores de los pabellones, en distraer fuerzas y aniquilarlas en la mayor proporción posible.

Pero al darse cuenta del peligro que podía suponer que aquellos rufianes se apoderasen de las piezas y las sacasen al exterior, varió de táctica y dio una orden general:

—¡Abajo de los farallones! ¡A caballo! ¡Formad un solo frente!…

Protegiendo el descenso de los soldados encaramados en los

peñascales, cubrió su retirada en busca de los caballos, y, cuando todos estuvieron listos, gritó:

—¡Adelante!… ¡A los pabellones! ¡Nino, Born, a mí!…

Los tres en vanguardia, se lanzaron sobre sus enemigos como un alud, abriendo un surco sangriento por donde se filtró el grueso del pequeño pelotón, y, atravesando entre oleadas de fuego el corto descampado, alcanzaron el pabellón donde se guardaban los cañones, irrumpiendo dentro de él como un huracán.

Pronto los que se creían ya dueños de la situación cayeron acribillados a tiros, aunque algunos consiguieron librarse saliendo al exterior, y los soldados supervivientes, que se defendían acosados y próximos a morir, realizaron un esfuerzo y se unieron a sus salvadores.

Todos salieron al exterior, mientras Texas, con voz de trueno, gritaba al capitán que mandaba las fuerzas:

—¡Una carga, capitán!… ¡Fuera de los pabellones!

Un grupo de jinetes, seguidos de varios soldados a pie, surgieron por las puertas, que se abrieron de modo inopinado, y cuantos estaban en condiciones de manejar un arma cargaron sobre los mormones, ya diezmados terriblemente.

Fué un trágico momento de espanto y de confusión. Como ratas espantadas, corrían o galopaban hacia la senda, buscando la salvación en la huida.

En el fragor de la lucha, los tres aventureros se habían separado, peleando por su cuenta y riesgo. Texas vio por un momento a Nino galopando hacia la senda, en pos de un nutrido grupo de enemigos que huían aterrados, y a Born luchando unido al joven teniente, que ya había recibido dos impactos, pero que se mantenía en la silla heroico y recio, mientras él, saliendo al paso del capitán que mandaba el destacamento, gritaba:

—¡Cuidado!… Soy el capitán Jim Texas… Adelante, compañero. Estos sapos ya están derrotados.

Y, en efecto, lo estaban. Las bajas sufridas les habían desmoralizado, y el fracaso de su terrible esfuerzo para apoderarse de los cañones acabó de desalentarles.

Acosados por los soldados, corrían como gamos saltando sobre los cuerpos de los caballos y hombres caídos en la lucha, y mientras los que aún conservaban sus monturas podían ganar más fácilmente

la empinada senda, los que corrían a pie eran atropellados fieramente por las monturas de los rabiosos soldados o cazados a tiros cono conejos.

Texas se esforzaba por abrirse paso y ganar la entrada de la senda para controlar la salida. Había buscado con rabia infinita a Zenker, sin descubrirle. Aunque le sabía entre los asaltantes, pues le había oído gritar, no lograba dar con él, y tenía miedo de que también esta vez lograse escabullirse de sus manos, restando valor y eficacia a la gran victoria lograda.

Cuando alcanzó la pina cuesta galopó con rabia persiguiendo a los huidizos, y, aunque algunos lograron evadírsele, estaba seguro de que ninguno era Zenker, pero seguía sin descubrir a éste.

Pronto la hondonada quedó desierta de atacantes. Algunos soldados habían galopado tras los jinetes fugitivos, entablando combate con ellos en la senda del cañón, pero pronto desistieron de ello. El terreno favorecía a los fugitivos, que se amparaban en los salientes para disparar impunemente.

Viéndose en poca cantidad, retrocedieron, uniéndose al grueso de la tropa, que a las órdenes del capitán que la mandaba se reagrupaba para darse cuenta de los trágicos efectos de aquella dramática intentona.

Pronto se vio que las bajas habían sido abundantes. Más de veinticinco hombres faltaban en el grupo, aparte de algunos que habían acudido a la voz de mando sangrando de las heridas recibidas.

El teniente, próximo a caer de la silla, se adelantó al capitán, balbuciendo:

—Mi capitán…, no hemos… podido hacer… más… Aquí… aquí le presento… al capitán Texas…, al que… que… debemos…

No pudo decir más. Se desplomó del caballo cuando Jim acudía en su ayuda.

Le desmontaron, y el capitán, estrechando en silencio la mano de Jim, dio orden de ocuparse de los heridos. Los soldados se apresuraron a rebuscarles por la hondonada, trasladándoles a la enfermería, donde todos se esforzaron en atenderles lo mejor posible.

Born, que se había unido a Texas, recorría la hondonada examinando a los caídos. Solamente si la suerte había hecho que

una bala alcanzase al odioso Zenker tenían la posibilidad de deshacerse de él.

Pero, por más que rebuscaron, no consiguieron encontrarle.

Entre muertos y heridos, los mormones habían dejado más de un centenar de hombres, pero ninguno de los que allí quedaron se parecía ni camuflado a Zenker.

El capitán, que seguía a Texas en aquella macabra operación, preguntó:

—¿Qué busca usted, capitán?

—Al espíritu diabólico que organizó esta cobarde maniobra. Estaba aquí al empezar la lucha, le sentí dar órdenes, pero no pude localizarle entonces. Ahora, observo que el Diablo le sigue protegiendo y que ha conseguido burlarnos una vez más.

El capitán, entendiendo que era hora de darse algunas explicaciones, exclamó:

—Bien, capitán Texas. No acierto a explicarme cómo diablos se encuentra usted aquí; pero, sea como sea, tengo que darle las gracias por su ayuda. Le he visto pelear desde el primer momento, y su ejemplo ha sido un estímulo para mis hombres, cuando se encontraban en situación más apurada. Usted y sus compañeros han sido unos leones.

—Gracias. He venido desde California solamente buscando al espíritu diabólico que tramaba este plan y otros tan audaces como éste. Hemos tenido la suerte de descubrir el complot y detener a sus soldados cuando, mal informados, les iban a dejar abandonados a su suerte, que no era muy brillante. Ahora, voy a presentarle a mis compañeros. Éste, es el agente del Gobierno señor Born, un formidable elemento tanto para la lucha cuerpo a cuerpo cómo para la pelea de ingenio a ingenio; y éste…

Se volvió, recorriendo la hondonada con ojos sagaces, y súbitamente palideció, gritando:

—¡Nino!… ¿Dónde está Nino?

Born, que se esforzaba en tratar de atarse un pañuelo a la frente para contener la hemorragia que le había producido una bala al rozarle de refilón, se volvió alarmado, contestando:

—¿Nino? Le vi persiguiendo a esos coyotes cuando huían por la senda. Acaso ande por allá arriba persiguiendo mormones.

—¡Por Judas! No me gusta esto… Hay que buscarle.

Lanzó su caballo al galope hacia la senda, siendo imitado por Born y el capitán, pero aunque se adelantaron peligrosamente por el cañón, expuestos a una emboscada, no consiguieron descubrir al mejicano.

Texas se sentía aterrado y condolido. Desde que le tenía a su lado, jamás había pasado por un trance parecido, y no acertaba a explicarse su desaparición.

—¡Por el infierno!… ¿Dónde puede estar?

—¿No habrá caído en la lucha?

—No. Su cuerpo no está entre los caídos. Si le vieron perseguir a esas víboras y le ha sucedido algo, tiene que haber sido por aquí.

Afanosamente buscaron su cuerpo a la luz de la luna, registrando los accidentes del terreno, pero la búsqueda fue inútil. Al cabo de una hora, sin descubrir a Nino ni rastros de mormones huidos, tuvieron que regresar desalentados al campamento. El mejicano había desaparecido y nadie tenía la más vaga idea de cómo y cuándo, para poder realizar alguna gestión y buscarle.

Texas, sin poder contener su emoción, rugió:

—¡Pobre Daphne!… ¡Pobre Guadalupe!… ¡Cómo le hayan matado, juro no dejar un solo mormón en todo Utah!

CAPÍTULO II

NO SE PUEDE SER DEMASIADO IMPETUOSO

NINO había sido más afortunado que Texas en lo que se refería a localizar a Zenker, pero esta fortuna le iba a ocasionar muy trágicos disgustos por demasiado impetuoso. La lucha estaba agonizando en la hondonada, cuando Zenker, que había estado animando a sus hombres desde un lugar que le ponía a cubierto de la horrible lluvia de proyectiles que se cruzaban de un lado a otro, se dio cuenta con desesperación del inopinado regreso de aquel pequeño grupo de soldados, con el que ya no contaba, y de que Texas había aparecido con ellos, cuando estaba tan lejos de sospechar su intervención en aquel asunto, cosa que le desmoralizó, y solamente pensó en poner a salvo su vida.

Estaba seguro de que Texas haría lo imposible por cazarle, y si, al cesar la lucha, obstruían la salida, todo intento de evasión podía darlo por fracasado.

Entonces azuzó a la pelea cierto número de hombres que se había reservado para decidir combates parciales, y, aprovechando el fanatismo y la obstinación de aquel puñado de mormones que interpusieron una breve barrera entre la salida de la senda y los vencedores, lanzó su caballo como una exhalación hacia la brecha de salida, y, con el cuerpo pegado a la cabeza de su montura, logró

evadir las balas que silbaban a su alrededor y ganar la senda.

Pero Nino, que dirigía la operación final de perseguir a los derrotados ángeles exterminadores, le descubrió cuando galopaba ya por la senda, y un rugido de rabia infinita brotó de su ruda garganta.

Exponiéndose a ser destrozado por los que se oponían a su avance, disparó por dos veces sobre Zenker, y le hubiese alcanzado con el segundo disparo, de no interponerse en aquel momento otro jinete que se lanzó sobre sus huellas. La bala dirigida al odioso secretario se clavó en la espalda del mormón, y Zenker desapareció por lo alto del sendero, burlando la fina puntería del mejicano.

Éste pugnó por abrirse paso entre los que aun luchaban con fiereza, y empujó su caballo ciegamente hacia adelante, pero luchaba contra hombres a caballo que formaban un pequeño grupo, y su esfuerzo no pudo realizarse con la rapidez que él ansiaba.

Chocó contra los caballos, recibió de refilón un tiro en la frente que le escoció como un hierro abrasando, velándole los ojos a causa de la sangre que manaba de la superficial herida, y tuvo que realizar uno de los esfuerzos más terribles de su vida para deshacerse de media docena de hombres bravos y desesperados que pugnaban por abatirle, hasta que abrió brecha entre ellos y se lanzó como un meteoro cuesta arriba.

Pero había perdido un tiempo precioso. Mientras él luchaba contra los que cubrían la retirada, un buen número de mormones habían conseguido ganar el cañón y alejarse de aquel trágico cementerio, y así, cuando llegó arriba, pudo comprobar que un buen número de desesperados caballos trotaban por el cañón hacia los accidentes de la montaña, donde Brigham y sus secuaces debían tener su guarida.

Sin medir el peligro ni el número de enemigos contra los que se iba a lanzar, sin más ayuda que su ciega valentía, picó espuelas a su montura, y rabioso, con el «Colt» cargado de nuevo, galopó como un diablo tras los fugitivos, esperanzado de alcanzarlos antes de que lograsen filtrarse por la montaña y tomar posiciones que imposibilitasen la persecución.

Pero aquellos demonios conocían el terreno tan bien, que, sin saber cómo, a cada pequeña revuelta del camino les veía disminuir, como si se los hubiese tragado la tierra, y comprendía que cada

fugitivo elegía una fisura o una grieta conocida para filtrarse y eludir el peligro.

Pero como seguía viendo jinetes galopar delante de él, y suponía que Zenker caminaba en vanguardia, siguió sin dar importancia a los desaparecidos, y esto le fue fatal.

Había galopado así más de una milla, cuando se dio cuenta de que a su espalda vibraban cascos de caballos, y, al volver la cabeza, descubrió que llevaba a la zaga un grupo de jinetes que de modo inopinado abrían fuego contra él.

Ahora se había convertido de cazador en cazado, y, comprendiendo que no podía luchar en la estrecha senda con aquellos terribles sectarios que le achicharrarían a tiros, decidió imitarles.

Conforme galopaba disparando hacia atrás para mantenerlos a raya, examinaba la pared del talud. La primera grieta que descubriese la aprovecharía para filtrarse por ella, y desde allí hacerse fuerte, impidiendo ser cazado.

Por fin descubrió lo que anhelaba, y, girando bruscamente, introdujo el caballo por ella, buscando el amparo de los peñascales.

No tuvo mucho acierto en elegir. Le engañó el estrecho paso fácil para la defensa, pues no podía ser atacado en masa, pero, en realidad, se trataba de un angosto tubo de unos diez metros de fondo, casi tan ancho en la entrada como al final, aunque en éste se dilataba un poco y giraba levemente en curva.

Mala era la ratonera, pero mejor que pelear a pecho descubierto, y, descendiendo del caballo velozmente, le dejó pegado a la pared del fondo y se adelantó a vigilar la entrada.

Tumbado sobre la dura piedra, con sus dos «Colt» bien cargados, esperó un ataque a fondo, pero quedó desilusionado al observar que nadie pretendía atacarle, deslizándose por aquel agujero negro y sombrío.

Esto le produjo cierta rabia y decepción. Le hubiese alegrado que tratasen de capturarle para mantener un vivo tiroteo y llamar la atención de sus amigos. Suponía que si era echado de menos más o menos pronto, le buscarían, y el estampido de las detonaciones atraería a sus amigos, que se apresurarían a rescatarle.

El silencio que de modo inopinado se produjo le alarmó. No se explicaba que renunciasen a su caza, siendo uno de los tres

elementos que más daño les habían hecho, y se preguntó qué debería hacer para ponerse a salvo.

Se escurrió trepando por la piedra hacia la salida, tratando de echar un vistazo, pero aunque con mucha precaución alargó la cabeza pegada a la grieta, la obscuridad le impidió distinguir nada. Al frente no se distinguía ningún bulto sospechoso, ni cruzaba nadie por el cañón. La lucha debía haber cesado, y todo el que en el último momento de ella no pudo escapar, habría quedado copado en la hondonada.

Pero, a pesar de aquella calma aparente, no se fiaba. Su instinto le advertía que sus enemigos debían hallarse emboscados esperando que se decidiese a salir, y no se atrevía a hacerlo sin antes saber las posibilidades de éxito que la acción pudiera tener.

La noche, ya casi a concluir, se prestaba a una mejor evasión, pero también poseía el inconveniente de favorecer a los que, le estuviesen acechando. Prefería esperar a que amaneciese para intentar la salida.

De no haber estado cerrado aquel maldito paso, hubiese procurado escurrirse por entre los peñascales para alejarse de tan peligroso lugar, pero su mala suerte le había hecho escoger una perfecta ratonera con una única y peligrosa salida.

Las paredes de su prisión no eran muy altas, sólo contarían con tres metros de longitud, pero eran lisas como el mármol y estaban cortadas rectamente, cosa que, después de examinarlas, le obligó a desistir de intentar su escalamiento.

Tendría que resignarse a esperar, a menos que sintiese galopar caballos por el cañón, en cuyo caso se arriesgaría a salir, pues ya no podían circular por él más que los vencedores.

Pero éstos, después de su primera búsqueda, no habían intentado repetirla. Daban a Nino por desaparecido, bien muerto o prisionero de los mormones, y lo que menos se figuraban era que lo tenían encerrado como un gato a milla y media del campamento.

Por otra parte, la tarea de poner un poco de orden en éste, atender a los heridos, librarse de los muertos, recoger a los que habían caído prisioneros para formarles un tribunal militar de acción rápida que les juzgase y castigase, etc., retenía a Texas y a Born en la hondonada, y cuando se decidiesen a intentar algo para saber el paradero de su valiente auxiliar, habrían transcurrido

muchas horas, muy preciosas para el prisionero.

Aburrido de estar tumbado sobre la piedra fría y helada como un témpano, se incorporó, sin deshacerse de los revólveres. La espera le había abierto unas terribles ganas de fumar, y estaba conteniendo las tentaciones de encender su pipa para hacer menos desesperante y monótona la espera del nuevo día.

Muy intrigado se preguntaba dónde habrían tomado posiciones sus enemigos para sorprenderle. Era expuesto quedarse tan cerca del lugar de su derrota, pero, conociendo el cañón, podían estar bien camuflados frente a él, entre los intersticios de las rocas, sin descubrirse a sus enemigos.

Por fin, cuando ya sus activos nervios no podían soportar más aquella situación, indecisa y angustiosa, una débil claridad que vino de lo alto le anunció que pronto clarearía el día, y, cuando así fuese, tenía que tomar una determinación, fuese la que fuese.

Poco a poco, tanto él como su caballo fueron dibujándose de modo bastante preciso en el fondo de la grieta, y Nino, tenso, con la vista clavada en la entrada, esperó durante unos momentos antes de decidirse.

Seguía sin captar el más leve ruido, cosa que le desesperaba, pues se hubiese sentido más a gusto entre el estampido de las detonaciones y el griterío salvaje de sus enemigos, pero estos solapados debían esperar en la sombra su decisión para cazarle como a un conejo, y, ante esta idea, tomó una brusca decisión. Saldría al exterior y ya verían quién era Nino Mendoza peleando.

Pero apenas había iniciado un paso para salir, algo que cayó, de lo alto de las rocas trazando una ligera sombra como el leve vuelo de un pájaro, le avisó de que un peligro oculto se cernía sobre él, e intentó levantar el armado brazo, pero ya no tuvo tiempo. Un lazo hábilmente manejado desde el borde de la roca le había aprisionado por la cintura, atenazándole los brazos al cuerpo, y cuando quiso tensionar sus músculos para aflojar la angustiosa presión, manos rudas tiraron del lazo con violencia, haciéndole perder el equilibrio, y cayó a tierra, debatiéndose como un elefante en una trampa, sin conseguir librarse de aquellas brutales ligaduras.

Desde arriba, varias manos se habían aferrado con desesperación al tirante cuero, neutralizando sus esfuerzos, y aunque procuraba arrastrarse hacia fuera para hacer saltar de sus posiciones a sus

opresores, no lo conseguía, porque los del lazo maniobraban de forma que no le permitían ponerse en pie.

Unos silbidos estridentes brotaban de lo alto del farallón, y a poco, por la entrada de la gruta, aparecieron media docena de tipos recios y mal encarados, que se arrojaron sobre él, luchando desesperadamente por imposibilitarle todo movimiento.



Fué una lucha feroz, en la que todos, al revolcarse, chocaban brutalmente contra las paredes de la estrecha fisura, magullándose los miembros y produciéndose heridas sangrantes, pero, por fin, la masa combinada pudo con la fuerza natural del mejicano, y éste concluyó medio deshecho y maniatado como una res.

Cuando sus enemigos, jadeantes y extenuados, pudieron

erguirse, Nino, que bramaba horriblemente, sonrió con salvaje alegría. En medio de su desesperación, le satisfacía comprobar que, a pesar de la desigualdad de la lucha y de pelear trabado por el lazo, había medio derrengado a una docena de mormones.

El mejicano, ahogándose de rabia, rugía:

—¡Pringaos del demonio, hijos de chacal tiñoso!… ¿Por qué no peleáis cara a cara o así con un hombre como yo?… Sucias alimañas, ¡maldita sea Jalisco!, habéis necesitado de un truco y reuniros en bandadas como los lobos rabiosos para inutilizarme. ¡Sois unas ratas de albañal sin dos dedos de valor!… Soltadme, ¡malditas sean vuestras asquerosas tripas! Soltadme, y pelead todos contra mí sin ventaja, y veréis como os hago pedacitos así con mis manos, ¡maldito sea vuestro corazón!

Uno de los mormones, que presentaba dos regulares brechas en la frente, producidas por sendos golpes en la pared de roca, cometió la imprudencia de colocarse frente al caído cuerpo del mejicano, al tiempo que rugía:

—¡Cállate ya, animal del desierto, o te coloco el revólver en la boca y te la vuelo de un tiro!

Y, al lanzar la amenaza, se inclinó, mostrándole el revólver, que acercó a su rostro.

Nino, fuera de sí, encogió las dos piernas, que tenía reciamente ligadas entre sí, y de una violenta flexión de rodillas las estiró con violencia aterradora, plantándolas trágicamente sobre el pecho del mormón.

Un horrible crujido advirtió a los testigos de la hazaña que la caja del pecho del imprudente se había hundido, quebrada como un coco, al tiempo que, por la terrible fuerza del impacto, salía despedido hacia atrás, como si una invisible y poderosa mano le hubiese arrastrado de un magno zarpazo.

El cuerpo, proyectado hacia la salida, encontró en su trayectoria otro que le estorbaba, y lo empujó por delante de él, lanzándole contra un saliente del talud, donde chocó trágicamente, estrellándose en él, mientras el mormón que le había empujado terminaba su dramática carrera triturado como un conejo a la misma entrada de la fisura.

Un alucinante coro de rugidos de indignación se elevó, emitidos por las gargantas de aquellos feroces sectario, y todos llevaron las

manos a las cinturas para sacar sus armas y clavar docenas de disparos en el cuerpo de Nino, que adivinó lo que iba a suceder, y se dio por muerto, pensando en su mujer y su hija, a las que ya no volvería a ver más, pero uno de los sectarios se adelantó, interponiéndose con un gesto, y gritó:

—¡Quietos! ¡El jefe los necesita vivos!

Pero, al tiempo, aplicó un feroz culatazo en la cabeza de Nino con el mango de su rifle. El cráneo del mejicano vibró sordamente, al tiempo que lanzaba un mugido doloroso y después quedaba inmóvil, privado de sentido.

—Bueno —dijo el mormón—; espero no haberle matado del todo; pero, si no lo hago así, acaba con todos. No he visto en mi vida una fiera más enorme.

Luego, dio una orden:

—Echad un vistazo al cañón. Si no se ve amenaza alguna de peligro, sacad los caballos de sus escondites y volved aquí. Montad, entre tanto, a este salvaje en su caballo, y listos para marchar. Tenemos, que llevar esta presa al patriarca, cuando menos, que nos sirva para no sufrir sus iras por la derrota.

Poco después, media docena de jinetes aparecían en la entrada del refugio.

—Podemos marchar —dijo uno— no se ve ni un alma.

—Pues, adelante.

El que había asumido el mando del pequeño grupo monto en uno de los caballos que sus secuaces llevaban de la brida, y, tomando de la suya a «Rayo», abandonaron aquel trágico refugio, para emprender un galope endiablado hacia la altura del Paso del Sur. Nadie se preocupó de los que habían caído en la trágica lucha con el feroz mejicano; sólo los heridos formaban en la pequeña expedición, restañando la sangre de sus golpes y atándose reciamente pañuelos en la cabeza para contener la sangre.

Sin incidente alguno consiguieron alcanzar el complicado y abrupto terreno que descendía entre senderos de cabras al lugar donde Brigham tenía instalado su refugio. Cuando empezaron a descender, observaron que reinaba una violenta agitación entre los riscos. Parte de los fugitivos habían llegado ya al refugio, emboscándose convenientemente ante el temor de haber sido descubiertos y verse atacados, y por todas partes se veían hombres

vendados, como un exponente de lo que había sido el desgraciado y trágico ataque al campamento.

* * *

Cuando Nino volvió en sí del terrible golpe recibido, un alucinante dolor le taladraba los sesos. Toda la cabeza le zumbaba como si dentro de ella funcionasen cien motores a un tiempo y las carnes le temblaban a consecuencia de aquel zumbido de locura.

Sus grandes ojos de por sí, aparecían dilatados, adquiriendo doble tamaño, y una aureola sangrienta los ribeteaba de rojo.

Instintivamente trató de llevarse las manos a la cabeza, pero no pudo iniciar movimiento alguno. Las ligaduras se lo impedían, y este esfuerzo inútil fue para él una revelación que se había borrado de su mente.

De golpe recordó toda su odisea hasta el momento de recibir el terrible impacto, y se maravillaba de vivir aún después de la saña empleada por su agresor para anularle.

Como si este recuerdo y la rabia de su impotencia fuesen un sedante para sus dolores, el zumbido mareante pareció ceder, y Nino giró sus dilatados ojos alrededor, inspeccionando el lugar donde se encontraba.

Era el agujero de una profunda cueva, de esto no le cabía duda alguna. Todo estaba negro alrededor, menos el frente, por el que se filtraba una luz indecisa que parecía indicar que amanecía o anochecía, no podía precisarlo, y por delante de aquel vano de luz veía moverse dos sombras que paseaban cruzándose ante la puerta. Debían ser los centinelas que le vigilaban, y Nino se preguntó qué martirios le reservarían hasta acabar con él, ya que había oído decir que el patriarca de los mormones le necesitaba vivo.

Se había sumido en hondas reflexiones sobre su futura suerte, preguntándose qué haría Texas y cómo conseguiría descubrir su refugio, si no era que le consideraba ya muerto, cuando le pareció que en el fondo de la cueva, alguien, al moverse, producía cierto roce, y se esforzó en descubrir si se hallaba en unión de algún compañero, sin conseguir distinguir nada.

De repente, le asaltó una terrible sospecha. ¿Habrían capturado también a su valiente jefe, o acaso a Born, cuando se dedicaban a

buscarles?, tendrían a los tres prisioneros para vengar sangrientamente la derrota que habían sufrido en el campamento.

La sospecha estuvo a punto de volverle loco. Mucho amaba su vida, y más en aquel momento, que no se debía a sí solo, sino a una mujer cariñosa y a una hija que era un regalo del cielo, pero hubiese sacrificado sin protesta alguna su propia vida por salvar la del hombre que para él lo había sido todo en el mundo.

Tratando de serenarse, gritó con voz estrangulada:

—¿Quién diablos anda ahí? Manito, ¿eres tú?

Le pareció captar un rugido más de ira que de angustia, pero nadie contestó a su llamada, y Nino, más tranquilo, se dijo que, de haber sido alguno de sus amigos, le hubiesen contestado.

Quizá se tratase de alguno de los infelices soldados que habían peleado en la hondonada. No era difícil que alguno, en el ardor de la persecución de los fugitivos, hubiese sido apresado y lo retuvieran para cobrarse en él todas las bajas sufridas.

Desentendiéndose de su compañero de cautiverio, clavó sus irritados ojos en la entrada de la cueva, y, tratando de aguantar los terribles dolores que sentía en su magullada cabeza, se preguntó cuándo le sacarían de allí y cuál sería el martirio a que le someterían para vengarse en él de todo lo sucedido.

Por fin, se hizo de noche completamente. La entrada a la cueva, medio se borró por la penumbra, y más tarde sólo un recuadro azul de luz lunar penetraba fantasmalmente por el huerco, siempre vigilado por los centinelas.

Nino sentía una sed horrible. La garganta sé le había resecado como un cactos en un arenal y le laceraba un atormentador agrietamiento en los labios, que parecían de lija por lo ásperos.

Rabioso, empezó a rugir sordamente:

—¡Cochinos coyotes! ¡Sapos mormónicos, maldita sea toda vuestra figura!... ¡Dadme agua, ratas del desierto!... ¡Dadme agua, si no queréis que rompa mis ligaduras y salga y me beba vuestra roñosa sangre, aunque me envenene después! ¿Habéis oído, hijos de loca tiñosa? ¡Agua!... Dadme agua, o, ¡maldita sea Jalisco!, en cuanto os acerquéis uno a mí, os desharé con mis dientes y os convertiré en pulque de serpiente venenosa...

Alguien le ordenó enmudecer con una amenaza terrible, pero Nino, dominado por la sed, rugió:

—¡No me callaré aunque me deshagas a tiros, sapo amarillo, maldito sea todo tu esqueleto!… Dame agua, u os juro que voy a derribar las paredes de esta maldita madriguera y os voy a enterrar entre los pedazos, después de llenaros las tripas de peñascales gordos como mi maldita cabeza…

El centinela se asomó rabioso con el rifle empuñado amenazando a Nino, quien le miraba con ojos extraviados, y gruñó:

—¡Cállate ya, mejicano pelao del infierno! Si sigues gritando, te aplicaré otro culatazo en esa maldita cabeza de coco que posees, a ver si consigo saber lo que tienes dentro…

Nino, fuera de sí, iba a replicar, cuando el resplandor de una luz que se acercaba le obligó a enmudecer, y, lleno de curiosidad, clavó sus extraviados ojos en el hueco de la cueva.

El centinela se apartó a un lado, y en la entrada aparecieron tres tipos grandes y barbudos. Uno de ellos portaba un farol de aceite, otro dos, enormes revólveres empuñados fieramente, y el tercero, vestido con una gruesa zamarra de piel de carnero, un pantalón de gamuza y unas altas botas que le llegaban a la rodilla, lucía al cinto también dos impresionantes armas.

El tipo se adelantó, diciendo:

—Ayudadle a levantarse. Aflojadle un poco las ligaduras de los pies para que pueda andar, y si hace el más leve gesto de resistencia, aplicadle dos tiros en la cabeza.

Nino, comprendiendo que esta vez no podía apelar al mismo truco que la anterior, se mantuvo tenso, y la cuerda que le ceñía los tobillos quedó floja para permitirle avanzar aunque fuese a un paso corto.

Le pusieron en pie, y cuando se levantó sintió que la cabeza se le iba a causa de los mareos producidos por el golpe, pero rabioso porque no se rieran de él al verle flaquear, hizo un esfuerzo de voluntad y se mantuvo tieso.

—Vamos —ordenó el que parecía jefe—. El patriarca quiere hablarte.

Nino sintió gran curiosidad al oír la orden. Desconocía al jefe de los mormones, y se alegraba verle alguna vez. Se decía que si le hubiesen dado una facilidad para apretarle el cuello antes de morir, iría más tranquilo a la tumba.

Al ir a avanzar volvió la cabeza, y el brillo de unos ojos feroces

que estaban clavados en él con odio infinito le soliviantó. Bruscamente dio dos pasos, y el reflejo del farol iluminó un rostro feroz, contraído por una mueca de rabia espantosa. Era un rostro satánico que revelaba toda la maldad y la crueldad que albergaba su alma.

Nino quedó un momento presa del mayor asombro, y luego, de un modo inconsciente, rugió:

—¡Zenker!… ¡Maldita sea toda tu alma!

De un rabioso impulso trató de arrojarse sobre él. Estaba también reciamente maniatado y tirado en el piso de la cueva, sin medios de resistencia, y el mejicano, sin recapacitar que nada podía hacer para vengarse de él, intentó, aunque sólo fuese con el peso de su cuerpo y sus dientes de acero, destrozarle.

Pero rápidamente los guardianes se arrojaron sobre él, asiéndole fuertemente, sin dejarle avanzar a pesar de sus sacudidas, mientras, rabioso, rugía:

—¡Dejadme!… ¡Dejadme un momento no más o así, y luego hacedme pedazos, si queréis, pero permitidme que haga, tiras de esa sucia carroña, maldito sea su asqueroso esqueleto!…

Los vigilantes luchaban como fieras por empujarle fuera del agujero, pero Nino, echando espuma por la boca, se resistía, y, escupiendo ira, seguía gritando:

—¿Con que así paga el diablo a quien le sirve, no es eso, asquerosa alimaña de albañal? ¿Qué creías, que no te iba a llegar la hora de que alguien te diese tu merecido, por chacal y reptil venenoso? ¡Oh, cómo me voy a divertir viéndote balancearte en un árbol a mi lado! ¡Créeme que si así es, me iré contento al infierno contigo, porque pienso perseguirte durante todo el viaje hasta que no llegue allí ni una partícula sana de tu podrido espíritu! ¡Traidor, asesino, canalla, cobarde!…

Zenker, pues, en efecto, él era su compañero de prisión, le fulminaba con su mirada viscosa, que semejaba la de los reptiles cuando atraen a los pájaros, pero Nino sólo veía en él al enemigo odioso, por cuya vida hubiese dado la suya con placer.

Por fin, pudo ser empujado fuera de la cueva, pero antes de salir gritó:

—Prepárate, Zenker, prepárate…, porque si vuelvo a estar junto a ti, aunque tenga que hacer saltar cadenas de un metro de espesor,

las saltaré, y luego te estaré apretando el cuello hasta que no quede entre mis manos ni una tira de tu cochina y venenosa piel.

Maldiciendo y amenazando, fue sacado a los peñascales. La noche estaba fría, y esto alivió un poco el terrible dolor de cabeza que le hacía enloquecer. El encuentro con Zenker en semejantes e inesperadas condiciones le alegraba el espíritu, y se preguntaba qué habría sucedido para que el mejor auxiliar del mormón hubiese caído tan en desgracia.

Capítulo III

El monstruo en desgracia

QUE había sucedido para que Zenker, el hombre soberbio, audaz y, al parecer, invencible, se encontrase en aquella situación tan lamentable? Algo con lo que él no había contado, porque desconocía la mentalidad de sus aliados.

Brigham, acostumbrado a ser un reyezuelo entre sus adeptos, no era hombre que se aviniese a resignarse a permanecer en el anónimo, y mucho menos a ceder sus atribuciones a un tercero, que incluso no pertenecía a su secta; pero, hombre de realidades, sabía ceñirse a éstas cuando las circunstancias así lo exigían y podía sacar algún provecho de aquella aparente claudicación.

La llegada de Zenker, su prestigio como organizador, las primeras actuaciones de éste, beneficiosas para la causa de los mormones, le concedieron un margen de confianza que le sirvió para suplantar al patriarca en todo aquello en que éste no podía actuar directamente, pero Zenker no sabía que Brigham no le perdonaría el menor fracaso en su actuación, y había sufrido unos cuantos y bastante dolorosos para el prestigio de los danitas, desde que Texas llegase a Utah.

El sagaz mormón, rumiando a solas todo lo que había sucedido

desde que Zenker llegara, y analizando profundamente cuanto el astuto ex secretario le contara de sus hazañas, terminó por colegir que la intromisión de Texas y sus amigos obedecía, más que a actuar contra el mormonismo, a luchar abiertamente con su particular enemigo, y cuando pudo medir por sí propio el valor de aquellos terribles enemigos, se dijo prudentemente que la víctima propiciatoria de aquella lucha iba a ser él, pues en cualquier caso de fracaso o pérdida, Zenker jugaba con peones ajenos y no propios.

Esto le puso en guardia y decidió permanecer muy alerta para evitar que aquel tipo extraño y solapado acabase de hundirle en el descrédito y acaso en la prisión.

Había aceptado su plan de asalto al campamento. Le hacía falta apropiarse de aquellas armas y aquellos cañones, que podían servir para recuperar su hegemonía en el trono de Utah y, si la cosa salía bien, le agradecería su intervención, pero le invitaría a trasladar su campo de batalla personal a otro sitio, y si salía mal…

Si alguna duda le cabía sobre lo perniciosos que iban a resultar para su causa los planes de Zenker, empezó a tener pruebas cuando sus confidentes de la ciudad llegaron a su refugio a darle cuenta de los varios fracasos allí sufridos, entre ellos la muerte de su valioso auxiliar el herrero y de un puñado de los «mejores mormones caídos, tanto en el ataque al almacén de Page, como en el asalto a la posada y, por último, en la herrería.

Cuando recibió estas noticias, ya nada podía hacer. Zenker tenía reunidos a sus hombres en los alrededores del campamento, y sólo le cabía pedir a San Daniel, el patrón de la secta, que el ataque resultase victorioso y que no sufrieran un horrible descalabro, que podía ser la ruina total de sus proyectos.

Todo el principio de la noche lo pasó Brigham tirándose de las patriarcales barbas con ademanes nerviosos. Ansiaba y temía recibir noticias del desarrollo del encuentro, y cada minuto que transcurría pasada la hora fijada para él, era un puñal que se le clavaba en el pecho.

Era muy avanzada la noche cuando empezó a tener noticias de lo sucedido en la hondonada del campamento, y los informes no pudieron ser más aplanadores.

Los primeros fugitivos que se presentaron en el refugio, destrozados por lo duro de la pelea, chorreando sangre, con las

ropas sucias y el desaliento en el semblante, le informaron de manera incoherente de cómo todo había fracasado, por ser sorprendidos, por la espalda por los soldados, que, según los places, debían hallarse muy lejos del lugar de la refriega en aquellos momentos, y cómo, merced a su ayuda y a la de unos elementos extraños que habían intervenido en ella, se encontraron dentro de una trampa, de la que más de la mitad no habían conseguido salir, quedando en ella para siempre.

El furor de Brigham fue infinito. Casi se arrancó las barbas a furiosos tirones, y con voz de trueno preguntó:

—¿Dónde está ese maldito gentil que ha dirigido la operación?

—No lo sabemos, señor; le hemos visto dirigiendo el ataque, pero ignoramos si ha conseguido salvarse de aquel infierno.

—Bien; los heridos, que se curen; los que no, formad un retén de ocho o diez hombres decididos y bien armados y esperad fuera: Si viene ese maldito y os llamo, estad atentos a mis órdenes. Basta con que yo diga «retiraros», para que os lancéis sobre él, desarmándole y amarrándole reciamente. Espero que tenga que colgarle a su regreso, si sus explicaciones no me dejan satisfecho, y creo que no me dejarán.

Los mormones, rabiosos, se retiraron, con satisfacción. Aquella orden significaba que alguien iba a pagar caro el precio de la derrota, y se alegraban que fuese aquel intruso autoritario, al que no miraban con buenos ojos por no pertenecer a sus ideas y raza.

Rápidamente fueron llegando nuevos elementos, que con sus detalles aumentaban el cuadro terrorífico de la catástrofe. Brigham adivinaba que había perdido lo mejor de sus hombres y que iba a quedar privado de todo intento de acción violenta mientras no pudiese reclutar nuevos elementos de lucha, cosa que le haría perder un tiempo precioso…

Por fin, llegó alguien anunciando que entre un grupo que había conseguido romper el fiero cerco se había salvado Zenker, y el mormón rechinó los dientes con salvaje alegría al ponderar que le iba a caber la satisfacción de poderle castigar por sus propias manos.

Minutos después apareció en la cueva Zenker. No podía negársele que se había portado valientemente, a tono con su crueldad y sus instintos. Llevaba el traje destrozado y mostraba a la

vista la caricia del plomo, que le había traspasado por dos lugares la ropa y le había rozado un brazo y una mejilla.

Su rostro era una carátula espantosa por la ira que se reflejaba en él. Toda la salvaje fuerza de sus instintos bestiales estaba tan bien retratada en aquellas facciones de granito, que el propio Brigham sintió miedo de verle, y se retrepó hacia atrás en su asiento al recibir la primera impresión.

Pero, sabiéndose bien respaldado por sus hombres, le miró con ojos flageladores, preguntando, rabioso:

—Bien, señor Lane. ¿Qué tiene usted que decirme?

Zenker rechinó los dientes como si se tratase de pedruscos triturándose entre sí, y rugió:

—¿Que qué tengo que decirle?… ¡Maldito sea el infierno! ¡Qué yo creí que contaba usted con hombres para empresas de hombres, y he podido comprobar dolorosamente que sólo tiene usted a su alrededor sapos de albañal, maldita sea la figura de todos!

Brigham, exasperado, rugió:

—¿Qué tiene usted que decir de mis hombres? Todos han sabido comportarse como tales hasta el presente. Hay muchos que han sido elogiados durante la guerra por valientes, y no tiene usted derecho a insultarles.

—Lo habrán hecho así, pero esa raza se acabó con la guerra, por lo que veo. No hay explicación que, luchando cuatro contra uno, se dejasen derrotar de manera tan indigna.

—¿Quién tiene la culpa de ello, sino usted, que asumió su dirección? He tomado ya algunos informes de lo sucedido. ¿Dónde están sus preciosos planes, que han fallado?… ¿Por qué dispuso usted el ataque de esa manera, contando con eliminar parte de los defensores del campamento, si luego lo hizo usted de forma que le cogiesen por la espalda? ¿Tengo yo la culpa de su ineptitud?

—No; pero ¡maldito sea d infierno!, todo ha sido una fatalidad. El plan estaba bien dispuesto, los soldados abandonaron el campamento y se alejaron cañón abajo, mientras atacábamos al resto. No sé cómo pudieron sospechar o saber que era una trampa, y regresaron cuando no se les esperaba, cayendo sobre nosotros en el momento crítico, cuando todo estaba a punto de ganarse. Habíamos peleado fieramente, con los defensores de los pabellones y teníamos las armas al alcance de la mano.

—Y las dejaron perder…

—Había que hacer frente al nuevo peligro. Nos freían a tiros por la espalda. Luego, resultó que esos demonios de Texas y sus amigos llegaron con los soldados de refresco e inyectaron una alta moral a todos. Ya le advertí que eran de lo más peligroso que hay en el mundo.

—Bien; pero usted cree que yo soy tonto. Ya he comprobado que así son, pero sé positivamente que si han venido aquí a pelear con nosotros y a intentar estropearnos todos nuestros planes, no ha sido porque les importen los mormones, sino porque les importa usted. La pelea es personal, y yo no estoy dispuesto a sufrir las consecuencias.

Zenker rechinó los dientes ante la afirmación. Comprendía que Brigham era más listo que suponía, y aquella creencia suya le iba a producir un trastorno horrible, pues adivinaba que en el mejor de los casos le iban a dejar solo en la desigual lucha.

Astutamente, trató de desvanecer aquella creencia, diciendo:

—Está usted equivocado. Texas interviene en todos los casos en que el Gobierno se cree en peligro frente a fuerzas poderosas. Lo ha hecho así antes de ahora, y lo sé porque, sin querer, nos cruzamos en el mismo camino. No se deje influenciar por esa idea absurda, o pagará las consecuencias. Texas ha venido aquí para acabar con el peligro del mormonismo, y lo conseguirá si no hay una fuerza organizada y un frente único y sólido que se le oponga.

Young preguntó, con ironía:

—¿Y cree usted que podrá haberlo con sus hermosos planes? Hasta ahora, en todo lo que ha intervenido usted ha fracasado ruidosamente. He perdido muchos hombres valiosos… Han matado a mi mejor auxiliar en Salt Lake City y a varios de sus ayudantes, y ahora me ha llevado usted al matadero a doscientos hombres. ¿Cree usted que así puedo gozar de la confianza de mis hombres y triunfar si me los voy dejando en el camino?

Zenker se hallaba aturdido. Comprendía las razones del mormón y adivinaba que había perdido su confianza y que no la podría recuperar.

Hizo un esfuerzo para ello, objetando:

—Todas las guerras tienen sus derrotas y sus triunfos. Si los del Norte se hubiesen desanimado por sus primeros descalabros, no

hubiese llegado su Richmond. Usted debe comprenderlo.

—Pero yo no puedo permitirme esos lujos, ni tengo fuerzas para movilizar a diario, sobre todo ahora que estoy aquí confinado y que mis enemigos vigilan todo el territorio. Tenía que haber administrado dosificando la acción de los que me rodeaban; y ahora, ¿qué?

—Déjeme seguir; yo le prometo que triunfaremos. Esa gente ha dado la cara, está en el campamento. Yo espero poder seguir sus pasos y sorprenderles. No se crea tan fuerte solo, porque puede lamentar su vanidad. Me necesita y le necesito.

—Bien; tengo que estudiarlo —dijo astutamente Brigham—: En este momento estoy bajo el peso de la preocupación y del dolor. Las pérdidas humanas han sido grandes.

—Es cierto, y soy el primero en lamentarlas, pero me propongo no descansar hasta acabar con esos reptiles. Al amanecer montaremos una guardia que vigile el cañón. Si cometen la imprudencia de bajar solos a Salt Lake, le prometo que no llegarán a él.

Brigham hizo un signo expresivo a los hombres que como estatuas custodiaban la entrada, y ordenó:

—Está bien. Retiraos.

Era la contraseña. Zenker no sospechó la celada y se dirigió hacia la salida. En aquel momento, diez lumbres como diez tigres rabiosos cayeron sobre él tratando de inmovilizarle, pero Zenker, dándose cuenta de la trágica trampa, se revolvió fieramente, entablando una lucha brutal con sus enemigos. Éstos, como sacudidos por un terremoto, giraron de un lado a otro bajo las hercúleas fuerzas de su enemigo, y por un momento parecía que iba a conseguir librarse de la terrible ola y poder echar mano al revólver que llevaba a la cintura.

Brigham lo temió así, porque de manera inconsciente buscó un arma debajo de su asiento y la empuñó con fiereza, temiendo ser la primera víctima de sus iras.

Pero no tuvo tiempo a usar el arma. Los mormones reaccionaron y, cayendo de nuevo sobre él, le aprisionaron tirándole a tierra, donde continuó la lucha hasta que pudo ser dominado.

Con recias cuerdas le convirtieron en un fardo. El vencido blasfemaba y maldecía horriblemente y lanzaba amenazas terribles

contra Brigham y los suyos, pero nadie las tomó en consideración.

Cuando Young le vio vencido, ordenó:

—Llevadle a una de las cuevas y ponedle una severa guardia. Vuestras cabezas me responden de él. Mañana al amanecer dispondré lo que se ha de hacer.

Entre cuatro cargaron con el cuerpo de Zenker, que se debatía rabioso como un coyote hambriento, y le trasladaron al corazón de la montaña, a una cueva escondida, ante la que montaron una buena guardia.

Brigham se mostraba satisfecho de su decisión. Aquel endiablado intruso le había puesto en entredicho con sus hombres, y sólo un acto como aquél podía inspirar respeto y hasta terror.

Pero apenas si se había repuesto de la emoción de la escena, cuando captó el ruido de un grupo que se acercaba, dando muestras de nerviosa excitación, y, creyendo que habían sido descubiertos y les atacaban, se levantó, empuñando el revólver.

—¿Qué diablos sucede?… —gritó—. ¡A mí mis hombres!

Pero uno de ellos se adelantó, advirtiendo:

—No es nada grave, señor; al contrario, es que han capturado a uno de nuestros peores enemigos.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Eso es lo que he oído, no sé más. Aquí lo traen.

Un grupo de mormones, todos ellos hechos una pena, avanzaron triunfalmente y, arrojando a tierra el pesado cuerpo del mejicano, uno de los del grupo se adelantó, diciendo:

—Señor, éste es uno de esos tres tipos que han venido a combatirnos. Ha sido el enemigo más cruel que hemos tenido enfrente durante el combate, y le hemos capturado después de una lucha atroz, en la que hemos perdido varios hombres. Es algo terrible. Después de trabado como una res, ha destrozado de una horrible patada a Jeff y ha matado a otro compañero. ¡Es algo tremendo!

Brigham, después de convencerse de que estaba privado de sentido, y por lo tanto era inofensivo, se adelantó a contemplarle. Al descubrir sus facciones, exclamó:

—¡Un mejicano!

—Sí, pero algo excepcional. Creo que debemos deshacernos de él antes de que vuelva en sí.

—¡No! —rugió Young—. Le necesito aún. Tengo que hacerle hablar y que me de detalles que puedan servirnos para capturar a sus otros compañeros. ¿Cómo conseguisteis haceros con él?

El mormón le contó cómo se había adelantado impetuosamente tras los que huían y cómo los que venían detrás le habían acorralado en una grieta, cazándole luego con el lazo.

Young sonrió con ferocidad. Obligaría a hablar al prisionero, y después… después le aplicaría un horrible tormento hasta deshacerle. Él y Zenker pagarían por todos y sus hombres quedarían vengados.

Señalando la salida, ordenó:

—Bien, os felicito. Lleváoslo y que lo encierren en la misma gruta que a Lane. Será curioso ver la cara que ponen ambos cuando se encuentren uno junto al otro por la misma causa y sepan que no pueden destrozarse mutuamente, porque sus cuerpos me pertenecen. Lleváoslo, y repito que vuestras cabezas me responden de los dos.

Y el cuerpo de Nino fue llevado a la gruta, junto al de su mortal enemigo.

Capítulo IV

Nino realiza una gran hazaña

NINO fue conducido por un complicado laberinto de grietas y cortadas que el mejicano trataba de dejar grabadas en su imaginación, aunque temía no conseguirlo. Estaba recibiendo la sensación de que trataban de engañarle, haciéndole recorrer un camino lleno de rodeos, para que no pudiese nunca fijarlo en su mente.

Por fin, descendiendo entre dos taludes que formaban un pasillo angosto, se enfrentó con una cueva, al fondo de la que surgía el resplandor de una luz interna.

La noche estaba fría, pero Nino sentía con agrado el azote del aire de la montaña, que estaba contribuyendo a despejar su cabeza y a hacerle menos violentos los dolores que en ella sentía.

Poco después fue empujado al interior de la gruta, y en su estrado descubrió la figura de Brigham, con su cuerpo un poco inclinado, su perfil de aguilucho y sus largas barbas, que acariciaba con amor.

El mormón se le quedó mirando con admiración y asombro. Le habían ponderado el tipo y la fortaleza del mejicano, pero sólo ahora que le tenía delante, en pie, se daba cuenta de la fuerza capaz de desarrollar por aquel plantígrado humano.

Trató de imponerle respeto con una mirada furibunda, y exclamó:

—¡Pelao indecente! ¿Quién te ha ordenado venir a esta tierra que no es la tuya, a mezclarte en asuntos que nada te importan? Eres un mejicano asqueroso y despreciable, digno de estar bailando en lo alto de una rama.

Nino, al sentirse insultar de aquella manera, hizo un esfuerzo baldío para adelantar un paso, cosa que no le fue permitida, y, rabioso, gritó con voz de trueno:

—Ningún chivo barbudo como tú me ha insultado a mí nunca, sin que le pusiera la nuez al sol para que no volviese a usarla en su vida. Sois todos, un hatajo de coyotes leprosos, que carecéis de valor para enfrentaros con un hombre, y sólo presumís de valientes cuando podéis insultar a uno porque le tenéis atado. Sal tú, perro asqueroso mormón, y una docena de los tuyos, a pelear conmigo solo, y verás cómo a todos os doblo por la mitad como a un junco.

Brigham, rabioso al oírse tratar así, rugió:

—¡Ten esa lengua, o te juro que te la haré cortar!

—Inténtalo y os desharé con mis dientes. Nada me importa morir, porque sé que detrás de mí vendrá quien sabrá vengarme de tal forma, que temblaré de alegría al saberlo en el propio infierno.

El mormón se estremeció ante la amenaza, y gritó:

—No lo conseguiréis nunca. Por una vez habéis ganado una partida por sorpresa, pero no ganaréis la segunda… Tengo muchos hombres aún.

—Tienes muchos sapos. Necesitan reunirse cien para pelear con dos como nosotros. Jim Texas te arrancará las barbas de chivo que posees y te colgará de un palo en la plaza mayor del poblado, para ejemplo de los demás:

—Eso, lo veremos. Ahora vas a decirme cuáles son los proyectos de tus compañeros.

—Ahora voy a decirte cuáles son. Hacerte sacar seis palmos de lengua con un buen cordel de cáñamo y acabar con todos los de tu cochina raza.

—Pero no serás tú quien lo veas, aunque ese imposible pudiera realizarse. ¿Dónde están tus compañeros actualmente?

—¡Yo qué diablos sé! Seguramente buscándote para meterte diez onzas de plomo en la cabeza.

—¡Que lo intenten!

—Lo intentarán, no lo dudes.

—Necesito saber dónde están y qué planes tienen. Tú formas parte de esa cuadrilla y tienes que saberlo. Me lo dirás, o te prometo que el tormento que te aplicaré te deshará pedazo a pedazo.

—Bueno, inténtalo. No sé qué pretenderán, pero, aunque lo supiese, yo no soy un cochino traidor como los que te rodean.

—Eso, lo veremos. Te doy una oportunidad de que no sufras al morir. Te prometo matarte de la forma que elijas, si me dices dónde puedo encontrar a ese demonio de Texas y a quien le acompañe.

—Mátame como te de la gana, pero nada te diré, y acaba pronto, ¡maldita sea Jalisco!, porque aún me siento con ánimos de romper estas malditas cuerdas y triturarte entre mis dedos como si fueses una baya seca.

Brigham, impresionado, tomó el revólver con furor, y dijo:

—Por última vez, elige.

—¡Vete al infierno, cochino barbudo! ¡No tengo nada que hablar contigo y con los sapos que se arrastran ante tus barbas!

Brigham, furioso, ordenó:

—Lleváoslo. Aplicadle cincuenta palos bien aplicados, y si está dispuesto a hablar, avisadme, y si no, dejadle en otra cueva distinta, y cuando salga el sol dispondré la clase de muerte que he de aplicarle.

Nino, al oír la orden, se sublevó furiosamente. A la sola idea de que podía ser apaleado como un pollino sin defensa posible contra tal ultraje, se revolvió como un león, y, a pesar de sus feroces ligaduras, envió a varios pasos de distancia a los que le sujetaban reciamente. Los guardias, cogidos de improviso, rodaron por el suelo de la gruta, y Nino, impetuoso, dando saltos cómicos para ganar terreno, trató de adelantarse para caer sobre Young y aplastarle con el peso de su cuerpo.

Brigham, aterrado, saltó de su asiento para ponerse a cubierto de la fiera embestida, y con el revólver empuñado se dispuso a defenderse, pero algunos de los caídos lograron levantarse y, saltando sobre el feroz mejicano, le arrojaron a tierra.

Ya allí, se entabló una horrible lucha para reducirle, pero Nino, perdido el control de sus nervios, y sabiéndose condenado a morir,

se revolvía como una boa dando coletazos. Sus formidables piernas giraban como si de su cuerpo no hubiese ningún otro miembro que conservase elasticidad más que ellas, y, sin permitir que se las sujetasen, las movía con furia, buscando los cuerpos de sus: enemigos para aplicarles las enormes suelas en golpes que eran peores que mazas de hierro.

Era un espectáculo verle defenderse de aquella manera tan absurda, pero eficaz. Cuantos intentaban saltar sobre él para inmovilizar aquellas terribles aspas trituradoras sufrían el dolor de sus caricias, y los hombres rodaban como peleles alcanzados de todas formas, obligados a emitir graznidos de dolor.

El pandemónium que se había armado en el estrecho recinto era espantos. Doce hombres no conseguían reducir a completa impotencia a aquel cuerpo dinámico y poderoso que era una catapulta, hasta que alguien, fuera de sí, decidió terminar con él.

Otro horrible culatazo en la cabeza sirvió para aplacar sus nervios. Vencido por el terrible dolor, quedó rígido como un palo, y Brigham, respirando al verle convertido en un guiñapo, ordenó, furioso:

—Lleváoslo. No quiero hacerle morir sin antes arrancarle la piel a tiras. Cuando vuelva en sí, preparad un buen látigo de siete colas y flageladle con él hasta que no le quede tira de piel pegada al cuerpo. Después, ya diré lo que se ha de hacer con él.

Entre varios le arrastraron fuera de la cueva, y poco después quedaba depositado en otra cueva, alejado de la que ocupaba Zenker.

Mientras, Young, temeroso de que las amenazas de Nino fuesen ciertas, dio orden de montar una severa vigilancia por las cresterías a lo largo del Paso del Sur. Si Texas regresaba del campamento por aquel camino, debían dar la voz de alarma para poder cazarle a tiros a su paso.

Transcurrió casi todo el día sin que nada turbase la calma que reinaba en las montañas. Nino, víctima del nuevo y feroz golpe recibido en aquella su dura cabeza, permanecía privado de conocimiento, vigilado estrechamente por sus guardianes, que continuamente penetraban en la cueva para examinarle, deseando que volviese en sí para proceder a aplicarle el terrible látigo que ya tenían preparado al efecto.

Era ya noche cerrada cuando el mejicano, con una terrible angustia en todo su ser, abrió los ojos y emitió un débil gemido.

De nuevo la cabeza parecía un perpetuo trueno y las sienes le latían como la máquina de un tren en marcha. Eran unos dolores alucinantes, que, a pesar de su entereza, parecía que no iba a poder soportarlos.

Se movió un poco, y el dolor le obligó a no seguir intentándolo. Debía permanecer quieto para no aumentar aquel suplicio, que sólo un temple como el suyo podía resistir.

Al abrir los ojos descubrió la entrada de la cueva, pero le pareció que su configuración no era la misma, mas no tenía medios de comprobarlo.

Reducido a la inmovilidad, se mantuvo tenso. Tenía que aclimatarse a aquel suplicio para aguantarlo con más fortuna y al tiempo estudiar su situación futura.

A pesar del martirio de su cabeza, recordaba la escena sostenida con el patriarca mormón y el final de su rebeldía, y un furor sin límites le embargaba al recordar que había ordenado apalearle como a un pollino y que sus verdugos estarían esperando con regocijo el momento oportuno de aplicarle el palo, para vengarse de los destrozos que les había causado. Un ruido que procedía del exterior le puso en guardia, y, cerrando de nuevo los ojos, esperó.

Los dos guardianes que vigilaban la cueva se acercaron portando un farol de aceite, cuyo resplandor pasó a través de los cerrados párpados del mejicano, pero éste siguió tenso, sin dar señales de vida.

Uno de los guardianes, tras echarle una mirada, comentó:

—Este animal no va a volver en sí nunca.

—Es que el culatazo que recibió fue como para saltarle los sesos a un toro.

—Lo siento, porque estoy deseando aplicarle el gato de nueve colas que he fabricado. Verás con que fuerza sé manejarlo.

—¿Tú crees que hablará?

—Me apuesto la cabeza a que antes del décimo latigazo ha cantado hasta lo que no sabe.

—Pero me parece que vas a tener que aguantar tus nervios. No creo que sea ya esta noche cuando lo consigas.

—Eso me temo, pero espero que mañana no me falte ocasión de

ejercitar el brazo.

—De acuerdo. ¿Sabes lo que estoy pensando? Que como esta noche no habrá fiesta, debemos turnarnos para dormir un poco. Llevamos dos días sin pegar ojo.

—Bueno; con tal de que vigile uno, no hace falta más. Está más trabado que un novillo y debe tener los sesos convertidos en pulpa.

Se retiraron agitando el farolillo, y poco después la cueva quedaba sumida de nuevo en las tinieblas.

Nino ya sabía lo suficiente para no hacerse ilusiones. Le iban a flagelar de una manera bárbara a latigazos, y, después, aquel sanguinario mormón ya encontraría algún suplicio inhumano para rematarle.

Esta ponderación pareció borrar en parte los terribles dolores que le aquejaban y prestarle unas energías que parecían quebrantadas. Al parecer, le quedaban unas horas de respiro hasta que amaneciese, y tenía que aprovecharlas aunque reventase al intentarlo.

Mas ¿qué podía intentar quebrantado como estaba y preso en aquella sólida muralla de recias cuerdas, que atenazaban sus músculos como tenazas de acero?

Ya había intentado varias veces aflojar tan terribles ligaduras con esfuerzos dolorosos capaces de hacer saltar un muelle de acero, pero sólo había conseguido lacerarse las carnes, sin lograr la más leve holgura que le animase a seguir luchando con tan feroz enemigo.

Se volvió un poco, mirando ansiosamente hacia la entrada de la cueva. A través del vano distinguía a uno de los centinelas sentado al borde de una arista, con el rifle entre las piernas, pero su inmovilidad parecía absoluta.

Levemente se arrastró girando para echar un vistazo a su prisión. Esta, desde luego, era distinta a la anterior, y aunque sus ojos se habían acostumbrado ya a la penumbra, no pudo localizar ningún bulto que indicase que también se encontraba allí Zenker.

Dándole al olvido para preocuparse de sí mismo, trabajó lo indecible para conseguir encontrar una posición más cómoda, hasta que se encontró sentado con la espalda apoyada en la roca. Ésta no era lisa, sino áspera y llena de desniveles, que se le clavaban en las costillas al apoyar su recia humanidad sobre la piedra.

Esto, que al principio le molestó, terminó por inspirarle confianza. Si la roca presentaba desniveles y aristas, quizá alguno pudiese servir para limar aquellas horribles cuerdas, y, más esperanzado, se dedicó a repasar con el cuerpo las prominencias de la roca.

Su cabeza tropezó con una que le produjo un dolor agudo, renovando los que le atormentaban a causa de los golpes recibidos, pero se alegró del caso, porque aquel espinazo de la roca podía valerle para su idea.

Con trabajo consiguió erguirse hasta quedar en pie. La arista le rozó la espalda, y, aprovechándola, empezó a agitar su cuerpo de arriba abajo, rozando una de las vueltas de la cuerda.

Aquel vaivén era como si le agitasen el cráneo después de llenárselo de bolas de hierro llenas de pinchos, pero, mordiéndose los labios para contener los dolores, siguió valientemente la operación por espacio de media hora.

Además del dolor, se sentía sudar como si le hubiesen metido en un baño de agua caliente y pringosa, pero todos estos tormentos los estaba sumando en el «haber» de Brigham, para cobrárselos el día que la suerte le ayudase a poder intentarlo.

Trabajaba en silencio, con los ojos clavados ansiosamente en la entrada de la cueva. Si al vigilante le daba la idea de entrar a echarle un nuevo vistazo, podía considerar el esfuerzo perdido, y perdidas las pocas esperanzas que alimentaba de verse libre.

Por fin sintió como la cuerda saltaba en uno de los vaivenes. Había conseguido un tanto a su favor, y ahora temía que lo conseguido no sirviese gran cosa, si no había cortado algo vital en el engranaje de sus ligaduras.

Tensionó los músculos y apretó hacia afuera. Durante un momento todo resistió al empuje, pero, poco después, observaba que parecían ceder, y, tomando alientos, repitió la operación con más brío.

Y esta vez observó con salvaje alegría que podía mover más holgadamente los brazos, hasta qué, tras infinitos esfuerzos, consiguió hacer descender las vueltas de la cuerda y sacar libre el remo derecho.

Aquel acto de libertad fue la alegría más grandiosa que había recibido en su vida. Disponer de sus formidables miembros lo

consideraba coma disponer de su propia vida. Ahora no temía a nada ni a nadie, y se prometía usar de su libertad para tomarle la más cumplida venganza.

Por fin, vio libre su otro brazo. Las piernas seguían trabadas, porque la cuerda que las ataba era independiente de la otra, pero con un trozo de roca que encontró en el piso logró segarla en diez minutos.

La alegría parecía haber evaporado los dolores que le aquejaban. Se sentía angustiado, pesado y dolorido, pero esto sólo era una merma pequeña de sus terribles facultades combativas.

Sus miembros aparecían torpes por la presión. Necesitaba acelerar el curso de la circulación de su sangre, y se entregó con ardor a la tarea de friccionarse las extremidades, hasta que poco a poco sintió como el calor le abrasaba y se movía con más desahogo.

Tenía que morderse los labios o apretar los dientes para no jadear en la labor llamando la atención del vigilante. Esto hubiese sido terrible, cuando estaba a punto de tomar iniciativas, y, comprendiéndolo así, maniobraba con el silencio y la astucia, que lo haría un gato, para no dejar escapar un ratón al alcance de sus garras.

Cuando se sintió, ágil y en disposición de tomar iniciativas, se dejó caer a tierra, y, avanzando como un reptil, pegado a la pared de la cueva para hurtar su cuerpo a cualquier mirada directa al interior, fue avanzando pulgada a pulgada para acercarse al centinela, que, sentado en el borde del vano de entrada, permanecía rígido, con el rifle sujeto entre sus dobladas piernas.

Fué tal el sigilo que empleó en avanzar, que ni el más leve roce alarmante produjo, y así, cuando se encontró a un paso de su enemigo, estiró sus poderosas manos y, aferrándole por el cuello con aquella su fuerza de titán, estranguló en su garganta el más leve ronquido.

El centinela, bajo tan poderosa presión, se debatió un instante en las ansias de la agonía, sin que Nino le permitiese variar de postura, a pesar de sus trágicos esfuerzos, y cuando, pasado un rato, le adivinó muerto, soltó la presión y se aventuró a echar un vistazo fuera.

A diez pasos, envuelto en una manta, dormía su compañero, bien ajeno a la tragedia que se estaba desarrollando cerca de él y al

peligro que corría, y Nino, sonriendo ferozmente, pues reconoció al acercarse al durmiente que éste era uno de los que le habían asestado el terrible culatazo. Se arrojó sobre él y, asiéndole por el cuello como a su compañero, lo elevó en el aire como una pluma y lo arrastró al interior de la cueva.

Ya allí, aflojó la presión, pues no quería matarle hasta que le diese datos necesarios para poder evadirse, y, sujetándole contra la pared de la cueva, rugió:

—Bueno, pringao, ahora vamos a ajustar las cuentas que tenemos pendientes, creo yo. Este bonito bulto que tengo en este lado te lo debo, me parece a mí, y es justo que te lo pague con réditos. ¿Cómo quieres que te destroce: partiéndote en tres pedazos o arrancándote el cuello de un tirón? Estoy dispuesto a dejarte elegir.

El mormón, sin alientos para hablar, hizo un esfuerzo supremo y balbució con ronca voz:

—¡No, no, por favor!… ¡Perdón! Yo… yo… tenía que obedecer a nuestro jefe, y… por eso… yo…

—¡Basta, coyote asqueroso! Tú eres un sapo cobarde como todos los de tu ralea. No tenéis hígados o así para pelear con un hombre cara a cara, y sólo sois valientes cuando podéis atacar a un hombre indefenso… Te hubieses lucido heroicamente aplicándome ese bonito gato de nueve colas que teníais preparado para arrancarme la piel, ¿no es así? Bueno, pues yo lo emplearé para dejar sin piel al pringao de tu jefe, ¡maldito sea su retrato! Le voy a dejar el cuerpo como si le hubiesen sacado de una caldera de agua hirviendo o así.

El mormón se arrastraba por el piso de la caverna suplicando clemencia, hasta que Nino rugió:

—¡Cállate, gallina indecente! Tengo prisa y no puedo perder el tiempo en oírte cacarear, ¡maldita sea Guadalajara! ¿Dónde está la otra cueva en la que me tuvisteis encerrado antes?

—No muy lejos. A unas treinta yardas de aquí.

—¿Y el tipo ese que me estuvo haciendo compañía?

—Allí encerrado también.

Nino sonrió salvajemente al oír la afirmación, añadiendo:

—¿Qué piensa el chivo barbudo de tu patriarca hacer con él?

—Pues… piensa aplicarle cincuenta latigazos y luego colgarle de los brazos a dos ramas de árbol y dejarle allí hasta que muera.



—No está mal, pero yo sé hacer las cosas mejor que tu asqueroso patrón. De castigarle a gusto me voy a encargar yo… ¿Cuánta gente hay por los alrededores?

—No lo sé…

—Bueno; en ese caso, creo que me conformaré con separarte la cabeza del pescuezo con un bonito tirón o así.

—¡No! ¡No!… —suplicó el mormón—. Le diré. No sé la gente que hay, aunque somos bastantes. Todos los que se han librado del copo en el campamento y algunos que quedaron aquí…

—¿A qué distancia estamos del campamento?

—A un par de millas aproximadamente, en línea recta, hacia el Este.

—¿Próximos al sendero del Paso del Sur?

—No mucho, pero no muy distante. Estamos en el corazón de la montaña, y no hay caminos marcados. Sólo se puede salir buscando las grietas favorables en la roca.

—Muy bien. ¿Cuándo deben relevaros?

—No sé. Quizá a la salida del sol.

—Perfectamente. En vista de que me has dado ciertos informes, que no sé si son falsos o ciertos…

—¡Le juro que son ciertos! —afirmó, esperanzado, el mormón.

—Bueno; pues en vista de que me has facilitado esos informes, no quiero hacerte sufrir mucho como compensación. Me limitaré a apretarte un poco el gañote o así como a tu compañero, y… pasarás al harén de tu paraíso sin apenas darte cuenta de ello. Verás qué elegante soy haciendo la operación.

El vigilante trató de luchar contra aquella muerte de la que nadie podía librarle, pero fue en vano. Nino, cerrando sobre su cuello aquellos garfios de acero que poseía por dedos, casi le convirtió el cuello en un hilo de la brutal presión.

Cuando le dejó por muerto, le sacó a la puerta de la cueva y, colocándole al otro lado de su compañero, arregló los dos cadáveres de forma que diesen la impresión de estar sentados con la espalda apoyada en la piedra, y, satisfecho de su obra, murmuró:

—Así estáis preciosos, pringaos… Espero que al chivo barbudo de Young le agrade mucho la delicadeza con que os he tratado. Me parece que no se va a dejar una hebra de su maldita barba.

Registró los cadáveres, apropiándose de la bolsa del tabaco, la pipa de uno de ellos, los fósforos y los dos rifles, además de los cuchillos y las municiones. Necesitaba proveerse de medios de defensa por si era descubierta su fuga antes de que le dieran tiempo a buscar el campamento.

La noche, aunque fría, estaba clara. Un resplandor de luna que debía esconderse tras uno de los altos picachos de las Rocosas iluminaba en azul el paisaje y Nino, aprovechando la claridad, se dedicó a buscar rabiosamente la cueva donde Zenker debía estar prisionero.

Cautamente avanzó por un verdadero laberinto de fisuras que se abrían como monstruosos reptiles, retorciéndose entre los agudos peñascos, y a medida que avanzaba le embargaba el temor de extraviarse y no localizar la cueva donde yacía su feroz enemigo, a pesar de que estaba seguro de que no debía encontrarse muy lejos de allí.

Se hallaba perdido entre los peñascales dando vueltas al albur, cuando, al rodear un hito enorme que se erguía como un monstruoso pino entre dos estrechos pasos que le rodeaban, quedó

envarado y se vio obligado a retroceder más que aprisa. Al otro lado, en un pequeño vano libre, acababa de descubrir dos siluetas humanas que de pie, apoyadas contra la roca, parecían vigilar el lugar.

Nino pensó en retroceder y buscar otro paso que rodease aquel lugar peligroso, pero súbitamente desistió. Le había acometido la idea de que aquellos tipos estuviesen custodiando la cueva donde se encontraba encerrado Zenker; y quería cerciorarse antes de adoptar ningún plan. Se escurrió sobre el piso y con precaución infinita fue adelantando la cabeza poco a poco, hasta que, amparado en la sombra que proyectaba el hito, pudo abarcar el corto panorama que tenía enfrente.

Su suposición no parecía equivocada. Aquellos dos tipos, armados de rifles y revólveres, guardaban un vano obscuro que se abría entre ellos y que no podía ser más que la anhelada cueva.

Cuando creyó estar seguro de ello, se retiró, preguntándose qué podía hacer para eliminar a aquel par de sapos peligrosos.

Poseía dos rifles que podía disparar, acabando con ellos antes de que tuviesen tiempo a prevenirse del peligro, pero las detonaciones sembrarían la alarma, y lo que le interesaba era poder capturar a Zenker y retirarse de allí antes de que se descubriese su fuga y tuviese a su espalda dos o tres centenares de fanáticos mormones.

Durante algunos minutos permaneció envarado sin encontrar solución. Si no disparaba él y trataba de avanzar, serían sus enemigos los que lo hiciesen, y el efecto resultaría el mismo, con desventaja peligrosa para él.

Se mordía el bigote rabiosamente, cuando, al introducir la mano en el bolsillo de su medio destrozada chaqueta, tropezó con los mangos de los agudos cuchillos que había arrebatado a sus guardianes, y una sonrisa que plegó sus labios hasta las orejas iluminó su rostro.

Tenía al alcance de su mano la solución y no se había dado cuenta de ella.

Nino era un formidable tirador de cuchillo. Ejercitado en el manejo de aquella clase de armas, había dedicado muchas horas en adiestrarse en aquel peligroso ejercicio, que en determinadas ocasiones podía ser la salvación de su vida, y poseía tal dominio, que era capaz de siluetar a un hombre erguido junto a un árbol, sin

rozarle con un solo cuchillo, pero clavando una docena en torno a su cabeza.

Extrajo los cuchillos, los sopesó varias veces para calcular su peso y el impulso que debía darles, y, tomando uno por la punta, avanzó prudentemente hasta el límite que podía protegerle el peñascal.

Luego, con un brusco movimiento, abandonó su protección y, girando el brazo, lanzó el cuchillo hacia adelante. Se captó un débil silbido, y uno de los vigilantes se llevó con desesperación las manos a la garganta, emitiendo un aullido estrangulado.

Su compañero, asombrado, clavó sus ojos en él, observando con terror que tenía fieramente clavado en la garganta un enorme cuchillo, y con un movimiento rápido llevó la mano al revólver para hacer uso de él.

Pero, aunque actuó con celeridad, llegó tarde. Antes de conseguir extraer el arma, ya el segundo cuchillo de Nino había descrito en el vacío una trágica parábola, y el guardián sintió cómo la aguda hoja penetraba por su cuello, al cogerle un poco inclinado, y una angustia de muerte cortaba su voz.

Se debatió un momento ferozmente tratando de arrancarse el arma de la herida, y, por fin, se desplomó sobre el duro piso, a dos pasos de su compañero, que había caído antes que él.

Nino avanzó sonriendo y, contemplándoles con asco, murmuró:

—Bueno va, sapitos de alas negras, ¡maldito sea todo Méjico! No habíais contado conmigo, creo yo, y conmigo hay que contar hasta después de echarme el último responso. Me estoy riendo o así que el chivo barbudo de vuestro jefe se arrancará definitivamente las barbas cuando se de cuenta de la faenita que le he preparado esta noche. Lo que siento es, ¡maldita sea Sonora!, no poder afeitarle a él con uno de estos juguetes antes de marchar, pero ¡por sus asquerosas barbas le juro que le buscaré y le sacaré de la cara hasta las raíces!

Se acercó a los caídos, extrajo los cuchillos fríamente, los limpió en sus ropas, y, después de apropiarse del armamento y de las municiones, se decidió a penetrar en la cueva.

Llevaba colgados al hombre cuatro rifles, dos revólveres en el cinto y cuatro cuchillos en el bolsillo, y al contemplarse con aquel arsenal no pudo por menos de reírse con ganas.

—¡Bueno va, maldita sea Jalisco! —rezongó—. Estoy viendo que si sigo cosechando armas voy a necesitar un motor para poder andar.

Se afianzó las armas a la espalda, buscó los fósforos, y, penetrando en la cueva, encendió uno, buscando con ansia.

Un rugido inhumano de salvaje alegría brotó de su garganta al descubrir en el fondo de la cueva un bulto amarrado, que, aunque no podía distinguirle bien a tal distancia, adivinó que se trataba de Zenker.

Avanzó protegiendo la cerilla con su enorme mano, de forma que el resplandor iluminase su rostro, y se acercó lentamente al caído. Pretendía que le viese bien antes de llegar a él, para infundir en su ánimo el horrible pánico que el descubrimiento debía producirle.

Cuando se acercó a él, el fósforo se estaba consumiendo. Encendió uno nuevo y clavó sus fieros ojos en el rostro de Zenker. Éste, más que un hombre, parecía un monstruo. El más terrible pánico se reflejaba en sus ojos de loco, y una mueca repulsiva contraía sus labios, prestándole el aspecto de una máscara repugnante.

Nino se dejó caer en tierra, a su lado, y rezongó:

—¿Cómo dice que le va, manito? Supongo, creo yo, que esta visita habrá llenado su alma cándida de un gozo enorme o así, ¿no es eso, manito? Los viejos amigos, me parece a mí, son siempre recibidos con alegría cuando llegan tan a tiempo a echarnos una mano…, aunque sea al gaznate para estrangularnos… ¡Bueno va, maldita sea Jalisco! ¡Por mí no me cambiaría en este momento por el señor Atila, aquel que tenía un caballo que era lo mejor del Oeste de su tierra! ¡Zenker y Nino dialogando, mano a mano como dos buenos amigos! ¡Si estoy por llorar de la emoción, manito! ¿No sientes tú la misma alegría? ¡Maldito sea todo Méjico! Apuesto a que sí, y vamos a celebrarlo mano a mano tú y yo. ¿Para qué estoy yo aquí, sino para ayudar a los amigos? ¡Repinto! Ahora mismo te voy a sacar de las garras de ese chivo barbudo, ¿cómo no? ¡Pero si no me he escapado de sus garras nada más que para tener el placer de llevarte conmigo! Mi alegría es tanta, que quiero compartirla con los que como yo suspiran noche y día por tenerte un ratito o así a su lado. Hay un capitán Texas que está deseando estrecharte entre sus

amorosos brazos, y un amigo Born que… ¡Ah!… Por cierto que tengo que darte un par de buenas noticias. Yo sé que llorarás de alegría cuando las sepas. Una es que me he casado con Daphne. ¿No te alegras, manito? Pues sí, me he casado con ella y tengo una niña que es un sol. Se llama Guadalupe como mi madre y se casará con un rico hacendado de California, y yo seré gobernador… ¿Qué te parece? Y la otra… la otra te llenará más de regocijo. En cuanto manito Texas te retuerza el gaznate o te raje en tiras, o acaso te taladre los sesos con un punzón y te tengamos bajo tierra con todos los honores, el amigo Born se casará con Vera. Los dos se quieren a rabiar; ya verás qué matrimonio más rechulo hacen, ¡repinto! Yo, si estuviera en tu pellejo, me habría muerto de gusto ahora mismo al saber las noticias.

CAPÍTULO V

UNA FUGA INVEROSÍMIL

NINO se rehízo bruscamente de aquel ataque de verborrea que había sufrido. La noción del peligro se impuso, y, con harto sentimiento suyo, tuvo que renunciar a seguir atormentando de palabra a su víctima, pero se sentía satisfecho de momento. Le había dado dos noticias que sabía el efecto rabioso que debían haberle producido, aparte del terror que debía estar experimentando al saberse a su merced.

Se acercó a él y, sacudiéndole, dijo: Bueno, manito, vamos a viajar un poco por este laberinto tan precioso que tú creías que iba a ser tu reinado y ha sido tu ruina. Nos espera manito Texas en el campamento, y no quiero retrasar por un momento la alegría que le va a producir verte.

Lo levantó como si se tratase de una pluma y lo sacó fuera. Cuando se convenció de que estaba bien amarrado y de que nada podía intentar, le mostró los cadáveres de sus guardianes, diciendo:

—Como verás, he tenido que correr mis peligros para venir en tu ayuda. Como ésos, he dejado otro par de ellos más atrás.

Le introdujo reciamente un pañuelo en la boca para impedirle gritar, y, cargándoselo a la espalda, emprendió a la ventura el camino que creía más seguro para alcanzar el campamento.

No quería salir, de momento, al paso del cañón, por si era descubierta su fuga. Entre los peñascales tendría mejor defensa en caso de apuro, y más adelante, cuando se creyese próximo al campamento, buscaría la senda y se presentaría en él con su preciosa carga. Si Texas no se encontraba aún allí, el capitán que mandaba las fuerzas podría orientarle para poder dar con él.

Su gusto hubiese sido dar fin de Zenker, sometiéndole a la más bárbara tortura que pudiese imaginar, pero entendía que nada debía hacer sin antes consultar con Texas y entregarle el prisionero para que también gozase su parte bien ganada en el suplicio.

Nino caminaba renegando por aquel laberinto de pedregales que entorpecían su marcha y le desorientaban por completo. Desconocía cuanto surgía a su paso, y a veces se veía obligado a ganar repechos asperísimos medio arrastrando a su prisionero para salvar obstáculos y volver a encontrar un paso viable.

Insensiblemente se iba alejando del lugar donde había estado prisionero, y calculaba que debía haber avanzado casi una milla, a pesar de los rodeos dados, pero aún le quedaba un buen trozo de camino, si los informes que le había dado el mormón no eran falsos, y por ello no se atrevía aún a cruzar diagonalmente en busca del Cañón del Eco.

Deseando llegar cuanto antes al campamento, aceleró lo que pudo su lenta marcha, siempre portando a su espalda el cuerpo de Zenker. No quería permitirle cierta libertad de movimientos obligándole a andar, por si por una circunstancia fortuita podía apelar a algún truco que le pusiese en peligro.

Por fin, jadeante y sudoroso, a pesar de que la noche estaba bastante fría, se vio obligado a detenerse al borde de un mareante terraplén que se abría amenazador ante él, cortándole el paso.

Nino se detuvo y descargó a Zenker, dejándole atravesado al borde de la cortada, echando un vistazo a ésta.

A la luz de la luna solamente distinguió una ancha y profunda grieta que formaba una aguda pendiente hacia abajo. La pared aparecía cubierta de plantas parásitas, formando una tupida alfombra sobre el terraplén.

Nino, agotado por el quebrantamiento, el dolor de cabeza, que seguía atormentándole, y las muchas horas que llevaba sin dormir, se sintió acometido de un cansancio infinito. De buena gana se

hubiese tumbado a dormir un par de horas para recuperar fuerzas y esperar el nacimiento del día., que le ayudase a encontrar más fácilmente el camino, pero el temor a verse perseguido le impidió satisfacer aquel imperioso deseo.

Lo que necesitaba era descubrir algún camino más fácil para terminar aquella áspera jornada y acercarse al campamento. Procuraría descubrirlo ganando alguna de las alturas que le rodeaban, para desde ella poder abarcar con más seguridad el paisaje que se cerraba alrededor de él.

Se aseguró de que Zenker no podía librarse de sus ligaduras, y, abandonándole al pie del precipicio, se alejó buscando la forma de ascender a alguno de aquellos repelentes picos próximos a él.

Por fin descubrió uno que, aunque no fácil de escalar, le brindaba la posibilidad de intentarlo, y con sus cuatro rifles colgados a la espalda, los dos revólveres a la cintura y las municiones repartidas por los bolsillos, empezó la dura escalada.

No fue tarea fácil, pero después de un cuarto de hora de grandes esfuerzos se vio en la cúspide.

Se trataba de un trozo de roca de paredes en pendiente agudísima y cima casi plana; pero, quizá debido a la erosión de las lluvias, la planicie, formaba una especie de embudo; un hoyo abombado de medio metro, que le daba la forma de una cazuela anchísima.

Los rebordes, carcomidos, presentaban esquirlas agudas rotas a trechos, y su altura era la de unos seis o siete metros, aproximadamente.

Gracias a las depresiones que presentaban las paredes, había conseguido ganar la cima apoyando la punta de los pies y sus recios dedos en las erosiones, pues, de otra forma, no le hubiese sido posible llegar al remate.

Cuando estuvo en lo alto, respiró ruidosamente, maldiciendo de todos los Estados de Méjico. Se había visto obligado a realizar un esfuerzo supremo, y esto había contribuido a agotar más sus gastadas energías.

Lentamente paseó su aguda mirada por los cuatro puntos cardinales. El terreno seguía ofreciendo una extraña configuración, en la que las rocas, como vertidas a grandes carros en una planicie, formasen infinidad de hitos rodeados de estrechos y revueltos

senderos.

Hacia el Este, parecía morir aquella extraña configuración, formando una línea sinuosa, pero compacta, y Nino supuso que aquél era el límite montañoso que moría para dar paso a la senda que cortaba la montaña para descender al campamento.

Calculó la distancia en unos tres cuartos de milla en línea recta, pero como tendría que dar muchos rodeos, podía fijar la jornada en más de una milla.

Se disponía a descender para continuar su marcha, pues el día se hallaba próximo a clarear, cuando, al volver la cabeza hacia el Oeste, se envaró. A la clara luz de la luna su vista de lince había descubierto ciertos puntitos movibles que pululaban por entre los estrechos senderos, precisamente por el camino que acababa de dejar a su espalda.

Durante algunos minutos estuvo examinando atentamente el paisaje, y pronto se convenció de que su fuga y la de Zenker debían haber sido descubiertas.

Los puntos formaban un amplio semicírculo que se extendía hacia el Norte por un lado y hacia el borde de la montaña por el otro, y comprendió que trataban de formar una especie de abanico, para ir barriendo el terreno a su paso y no permitirle quedar emboscado en la rebusca.

Emitiendo terribles maldiciones, se apresuró a descender de su atalaya. Tenía que darse mucha prisa, si no quería caer de nuevo en manos de sus perseguidores, aunque esta vez estaba dispuesto a morir peleando antes que volver a sufrir sus vejaciones y el efecto de sus iras…

Pero cuando alcanzó el borde de la sima, dispuesto a cargar de nuevo con su preciosa presa, el más vivo asombro se reflejó en su moreno rostro al descubrir que el maniatado cuerpo de Zenker había desaparecido.

Nino no acertaba a admitir semejante fenómeno. Ni su víctima estaba en condiciones de librarse de sus ligaduras, ni el tiempo que le había dejado solo permitía intentar liberarse de ellas.

Con los ojos dilatados por la sorpresa, se dedicó como un loco a buscarle por los alrededores, mientras gruñía fieramente:

—¡Repinto!… ¡Cuerpo del demonio!… ¡Maldita sea Jalisco, toda Guadalajara, el caballo de Atila, la «insicrasia» y las barbas de ese

chivo loco de mormón!… ¿Dónde diantres se habrá podido meter ese pringao tiñoso de carne venenosa, maldito sea todo su esqueleto? ¡Si no es posible que haya podido librarse de sus ligaduras!… ¡Pero si no puede ser, señor!… ¡Si estaba mejor atado que un garañón a un poste para herrarle o un novillo para marcarle al fuego!… ¡Por vida de todos los sapos pringosos de Brigham! ¿Qué hago yo ahora? ¿Cómo me presento sin ese reptil, cuando…? ¡Maldito sea Méjico! ¡Tengo que encontrarle, aunque necesite descender al fondo del infierno en su busca!

Al decir esto, una súbita sospecha se apoderó de él y, retrocediendo de nuevo al borde de la cortada, se dedicó a examinar ésta con atención. Había concebido una sospecha absurda, al parecer, y desesperada en extremo, pero la única que podía aclararle aquel misterio.

Se arrodilló junto al reborde y lo examinó con atención, hasta estallar en nuevos juramentos. Las ramas tronchadas de las plantas silvestres que crecían en aquel lugar acababan de revelarle la espeluznante verdad.

Zenker, imposibilitado para escapar, y sabiendo que sus enemigos se ensañarían cruelmente con él para cobrarse todos los sinsabores que les había hecho sufrir, había decidido librarse del tormento dándose muerte por su propio gusto, y, arrastrándose un poco en un esfuerzo supremo, había conseguido inclinar el cuerpo, ganando el reborde del impresionante talud, para lanzarse por él trágicamente al fondo y morir de modo rápido, sin pasar por la vejación de hacerlo cruelmente a manos de sus fieros enemigos.

Nino se mesaba los rizados cabellos con desesperación al ponderar el caso. Todo el fantástico plan de suplicios que estaba ideando para aplicárselos al prisionero cuando llegase el momento de su muerte, se habían frustrado, y aunque estaba seguro de que aquel fantástico salto que acababa de dar era mortal cien por cien, le quedaba la duda de que, en efecto, hubiese muerto.

Asomado al borde de la terrible grieta, trataba de bucear con la vista en el invisible fondo. Un ansia infinita de convencerse de que, en efecto, se había destrozado al caer, le acuciaba, pero por más que dilataba sus ojos la azulada luz de la luna no le permitía descubrir con visibilidad más que una docena de metros; lo demás permanecía envuelto rabiosamente en la más absoluta penumbra.

Súbitamente se puso en pie, llevando la mano a uno de los revólveres.

Había olvidado la persecución que acaba de iniciarse contra él, y le había parecido que un ruido sospechoso surgía no muy lejos de él.

Masculló una horrible maldición y miró a todas partes como un lobo cercado. La búsqueda de su enemigo le había hecho perder un tiempo precioso, y ahora comprendía que ya era tarde para dejarles atrás y localizar el campamento.

Sus enemigos habían ganado terreno y le pisaban los talones, mientras el día se estaba anunciando por medio de una débil claridad que, no tardando mucho, permitiría poder localizar el terreno y lo que en él se moviese con relativa facilidad.

Ya solamente le cabía una solución. Buscar un refugio que le permitiese evadir la enconada búsqueda y esperar a que ésta remitiese para reemprender la marcha.

Pero esto no era fácil. El terreno carecía de accidentes propicios para esconderse y el número de ojeadores era grande.

Pero una sonrisa de triunfo floreció en sus labios. El observatorio que había empleado para descubrir a sus enemigos era una formidable posición defensiva. Hundido en aquella especie de cazuela, protegido por las aristas de piedra de los rebordes, que formaban como troneras, y nada fáciles de escalar, podía mantener a raya a un ejército desde lo alto, contando, como contaba, con aquel arsenal de armas y proyectiles en cantidad para detenerles a fuerza de plomo.

Rápidamente se dirigió al abrupto peñascal y volvió a iniciar su áspera ascensión. Ahora captaba el rumor de sus perseguidores muy próximos a aquel lugar, y debía ganar la cúspide antes de que le localizasen, o estaba irremisiblemente perdido.

Había alcanzado casi el remate, cuando, al iniciar un último esfuerzo para aferrarse a una arista de la roca, se enganchó en una de las pistoleras, arrancándola del cinto. El arma cayó recta al pie del peñasco y Nino ahogó una terrible maldición.

Pero ya no tenía tiempo a descender para recuperarla. No era que le hiciese mucha falta, contando con cuatro rifles y un revólver, aparte de cuatro cuchillos, pero podía servir como pista a sus enemigos para localizar su refugio.

Tenía que resignarse a correr este albur, y si el destino se obstinaba en presentarle tan desigual pelea, la aceptaría con el entusiasmo que él empleaba siempre en la lucha.

Por fin alcanzó la cumbre, dejándose caer en el fondo del hoyo jadeante. Estaba molido de tanto esfuerzo, y un descanso merecido no le vendría mal.

Le entraban unas ganas enormes de tumbarse a dormir en aquel lecho duro, pero acogedor, más la sensación del inmediato peligro le avisó que no podía cometer imprudencias. Cargó los rifles y el revólver, colocó los proyectiles al alcance de su mano, así como los agudos cuchillos, y, satisfecho de aquel repuesto de armas que le permitirían mantener un fuego terrible y continuado contra sus adversarios, se dispuso a esperar acontecimientos.

No pasaron diez minutos, cuando la vanguardia de los ojeadores apareció por los extraños laberintos que bordeaban los peñascales próximos. El día había empezado a romper rápidamente, y ya la luz rosada del alba iluminaba fantásticamente el paisaje.

Nino, agazapado a través de las mellas del remate de su posición, dominaba un buen trozo de paisaje, y, desde él, veía avanzar a sus perseguidores con los rifles y revólveres empuñados, registrando pacientemente los más ocultos rincones.

Un grupo de unos diez mormones aparecieron alrededor del peñascal, inclinados sobre la piedra, buscando algún rastro, y hasta echaron un vistazo al hito, ponderando la posibilidad de servir de refugio a los huidos, pero no parecían darle mucha importancia y continuaron adelante.

Pero cuando ya Nino creía pasado el peligro, el más rezagado de los ojeadores rodeó el peñasco, se detuvo un momento con los ojos fijos en el piso, e, inclinándose tomó algo que había caído junto al peñascal. Un grito de alarma obligó a sus compañeros a retroceder.

—¿Qué sucede, Billy? —preguntó uno.

—Mirad. Que me aspen si esta funda con este revólver no pertenece a uno de los vigilantes asesinados en las grutas.

—¡Oh, pues es cierto!… —afirmó otro—. Esta pistolera pertenece a Honson, la reconozco en esto, mirad. Un día grabó con el cuchillo la inicial de su apellido para que no se la cambiasen.

—Entonces, esto quiere decir que esos miserables han pasado por aquí…

—Justamente…, o que andan emboscados por aquí. Cuidado. Llama a nuestros compañeros. Vamos a rebuscar por estos alrededores sin dejar piedra por remover.

Nino, que había ocultado su cabeza para no ser descubierto, pero que no perdía una sílaba de la conversación, boceto en sus labios una extraña sonrisa. El destino se había obstinado en proporcionarle una muerte apoteósica, lanzándole a la lucha más desigual de su vida, pero la aceptaría sin vacilación alguna.

Empuñó el revólver que le quedaba y esperó. Si alguno intentaba ascender por el peñascal, le permitiría realizar tan violento ejercicio, y cuando asomase la cabeza por alguna de las mellas, le metería una buena dosis de plomo en la cabeza y sería llegado el momento de empezar la batalla.

Durante un buen rato nada sucedió. Más de dos docenas de perseguidores se dedicaron a registrar los alrededores de modo infructuoso, desdeñando el hito, pero cuando, desalentados, volvieron a reunirse, uno comentó:

—No hay nada por aquí. Salvo ese revólver, no se descubre la menor huella.

—¿No habrá descendido por el talud? —apuntó uno.

—¡Diablo! —Fue la contestación—. Por ahí no hay quien descienda si no quiere viajar demasiado aprisa hacia el infierno.

—Pues como no esté encaramado en lo alto de alguno de estos peñascales…

—Debíamos registrarlos —apuntó otro—; si regresamos sin haberlos descubierto, Brigham es capaz de recibirnos a tiros.

—Registremos. Yo no creo que haya tenido lugar a escaparse. La salida de la montaña está también muy vigilada, lo mismo que el cañón. Tiene que estar por aquí.

—Pues, adelante. Aquí hay tres o cuatro peñascos a los que se puede ascender. Intentadlo.

El grupo se dividió en fracciones y los grupos empezaron a escalar los peñascales próximos, factibles de ascender a ellos. Nino, inquieto, les examinó con atención. No podía consentir que le dominasen por altura, y tenía que evitar, no sólo que subiesen a su refugio, sino que alcanzasen planos superiores cercanos, desde los que podían disparar sobre él con eficacia.

Atentamente, vigilaba las ascensiones. Por su refugio subían

trabajosamente dos, por un peñasco de la derecha tres y por otro del frente dos. Total, siete, y Nino sonrió al ponderar que los siete iban a vivir dos minutos a lo sumo.

Capítulo VI

Uno contra ciento

LOS decididos perseguidores de Nino trepaban trabajosamente por los repelentes peñascos con los cuchillos entre los dientes, mientras más de dos docenas de compañeros, con los rifles en la mano, vigilaban atentamente su ascensión, prestos a protegerles si eran atacados inopinadamente.

Nino, oculto por las mellas de su formidable baluarte, se había hecho cargo del panorama, pero no se sentía muy preocupado por ello. Sólo le interesaba no permitir que ninguno tomase posiciones altas, y esto lo iba a conseguir fácilmente.

Durante cinco minutos reinó un silencio impresionante en torno a él. Nadie emitía el más leve movimiento de labios y los trepadores seguían ascendiendo casi convencidos de que el esfuerzo que estaban realizando era inútil.

Pero, súbitamente, aquel silencio ominoso se vio roto trágicamente por el estampido rotundo y continuado de varias detonaciones, y como si una mano invisible les fuese arrancando de los peñascales, así los siete individuos que trepaban por ellos se vieron desprendidos de la roca, abriendo los brazos con ademanes trágicos y dejándose caer sobre el duro piso, donde quedaron

revolcándose en sangre y emitiendo aullidos de agonía.

El misterioso ataque fue tan rápido y audaz, que cuando los que vigilaban arma al brazo quisieron repeler la agresión y contestar a ella, ya ninguno de sus compañeros se mantenía en su puesto, y solamente varios penachos de humo azulado flotaban sobre uno de los peñascales, denunciando el refugio del audaz agresor.

Docenas de proyectiles se concentraron sobre el peñasco, estrellándose en las mellas de su cúspide, pero Nino, agazapado en el hoyo, se reía siniestramente y dejaba que sus enemigos se desahogasen disparando y gastando plomo inútilmente.

Varias voces, rabiosas, gritaban:

—¡Ahí arriba, en aquel picacho, está oculto! ¡Disparad sobre él hasta que voléis la roca!

Pero la tarea de volarla no era cosa fácil. Los disparos se multiplicaban, y los proyectiles se aplastaban sobre los remates, pero apenas si servían para arrancar pequeños fragmentos de piedra que nada significaban.

Nino, sonriente y tranquilo, les dejaba hacer. No merecería la pena exponerse cuando ninguno de los disparos podía alcanzarle.

Por fin se convencieron de que estaban gastando proyectiles en tonto, y cesaron en el nutrido tiroteo, consultándose sobre las medidas que podían tomar para acabar con tan formidable enemigo.

Nino sintió curiosidad de echar un vistazo a su alrededor, y cautamente se asomó por entre las mellas para vigilarles. Temía un nuevo intento de escalamiento de las rocas próximas, y tenía que evitarlo.

De momento, no intentaban nada. Se habían reunido algo lejos de su refugio y accionaban violentamente, sin ponerse de acuerdo para una acción eficaz.

Nino, para divertirse un poco y acabar de ponerles fuera de sí, eligió como víctima al que parecía llevar la voz cantante dando órdenes a los demás, y apuntó cuidadosamente a través de una mella para disparar a gusto.

Vibró el estampido y un ronquido sordo se escapó de la garganta del mormón. La bala le había penetrado por la boca, saliendo por la parte trasera del cuello, y el herido, como fulminado por un rayo, cayó de bruces a tierra, entre el espanto de sus compañeros.

Éstos se apresuraron a buscar cobijo tras los peñascales, abriendo fuego otra vez contra la cresteria del hito, pero Nino había encendido la pipa y se entretenía plácidamente en fumar, despreciando el tiroteo.

A no haber sido por la sed rabiosa y el hambre que le dominaban, se hubiese considerado el más feliz de los mortales. Aquél era su verdadero ambiente, y darle gusto al dedo clavando plomo en las carnes de sus enemigos le compensaba siempre de las fatigas y los martirios sufridos.

De vez en vez echaba una furtiva mirada al campo de la lucha, y cuando se convencía de que no había peligro, volvía a entregarse a las delicias del tabaco, esperando con curiosidad la reacción de sus sitiadores. Pero a veces esta quietud le resultaba peligrosa. El sueño le rondaba peligrosamente, apoderándose de sus párpados, y se veía obligado a cambiar constantemente de postura para no caer víctima de él.

Esto era peligroso. Si el asedio se prolongaba, llegaría un momento en que la fatiga pudiesen más que su voluntad, y entonces se vería entregado estúpidamente a sus enemigos, sin defensa posible.

Esta peligrosa perspectiva le alarmaba. Tenía que forzarles a una batalla de desgaste que le permitiese más tarde iniciar la huida.

Una de las veces que atalayó el paisaje a través de sus numerosos observatorios arrugó la frente con preocupación. Se habían juntado ya más de un centenar de enemigos, y Nino presentía que el número, tan aplastante, podía iniciar algún plan descabellado, que, aun a costa de muchas bajas, pudiese surtir efecto.

Entonces decidió gastar plomo. Lo poseía en abundancia y podía permitirse el lujo de emplear una parte.

Dando vuelta a la estrecha cazuela, atisbaba sañudamente por los cuatro costados de su pequeña fortaleza, y cada vez que alguno se descuidaba una fracción de segundo y se ponía a tiro, vibraba un impacto, y un rugido de dolor le indicaba que tenía enfrente un enemigo menos a quien temer.

Éstos, cada vez más prudentes, se exponían menos, y sólo de vez en vez sonaba un disparo, y una bala se clavaba en las mellas o se filtraba silbando a través de ellas, disparada con la loca pretensión

de cogerle en su trayectoria y acabar con él.

Las horas pasaban sin que nada variase la situación, y cada vez que Nino levantaba los ojos y seguía la marcha del sol se sentía más furioso, pues el hambre, la sed y el sueño le atormentaban brutalmente, y se consideraba dentro de una horrible ratonera, en la que nadie podía entrar mientras él permaneciese alerta, pero de la que tampoco podía salir, y, en este punto, cada minuto iba aumentando la ventaja de sus enemigos.

Tenía que hacer algo, no sabía qué, para sacudirse aquella horrible presión, pues la noche se iba a echar encima, y, al amparo de las sombras, podían intentar algún esfuerzo desesperado que les proporcionase el éxito.

Pero, por más que torturó su imaginación, no encontró ningún plan viable. Todo tenía que reducirse a abandonar su refugio, y para hacerlo tenía que exponerse a la vigilancia de sus perseguidores.

Desesperado, vio cómo las sombras empezaban a envolver la montaña, sin que nada cambiase la situación. Los mormones, bien parapetados detrás de los peñascales, se mantenían a la expectativa, y sin duda tenían proyectado aprovechar la noche para darle la batalla definitiva, o permanecer allí horas y días hasta que el hambre, la sed y el cansancio le abatiesen.

Nino se revolvía como un toro salvaje dentro de su estrecha prisión. Si en lugar de tener que descender sin poder defenderse mientras lo hacía, se hubiese encontrado dentro de una cueva, en aquellos momentos se lanzaría fuera de ella a pelear cara a cara como un león, dispuesto a abrirse paso para intentar huir o caer peleando dignamente.

Pero no podía hacerlo. En cuanto tratase de erguirse en el reborde del peñascal, docenas de fusiles le enfocarían trágicamente, y antes que exponerse a muerte tan poco airosa, agotaría hasta el último aliento, y después Dios diría qué tenía que suceder.

Para no dormirse y distraer el estómago, fumaba con rabia, y sólo la columna de humo de su pipa era el testimonio vivo de que permanecía aún en su refugio.

Por fin, la noche cerró completamente, y aunque con seguridad saldría la luna, lo haría más tarde, y de momento sólo el pálido reflejo de unas estrellas diamantinas y brillantes prestaba una mortecina claridad a cuanto le rodeaba.

Una sensación de inminente peligro empezó a acuciarle, y esta sensación hizo que el sueño huyese de sus párpados y que fuese menos sensible a los zarpazos del hambre y la sed.

Con un rifle empuñado y los demás al alcance de su mano, daba vueltas a su prisión atisbando a través de las mellas, para localizar a sus enemigos y darse cuenta de sus posibles movimientos, pero nada conseguía discernir. Sólo las sombras proyectadas por los peñascales en los claros de los revueltos senderos se recortaban sobre los vanos de luz medrosamente.

Y, sin embargo, Nino adivinaba algo trágico en aquel silencio. No captaba rumor alguno, pero alguien en las sombras debía estarle minando el terreno para darle la sorpresa final.

Sus ojos le dolían de revisar los peñascales contiguos. De allí podía surgir el peligro si los alcanzaban. No distinguía a nadie intentando trepar por ellos, y, sin embargo…

Por un par de veces cometió la imprudencia de asomar el cuerpo por las mellas para mirar debajo de él. Temía que fuese su baluarte el elegido para escalarlo, mientras descuidaba requisarlo con semejante exposición, pero nada vio que justificase la alarma.

Y así se pasaron más de dos horas con una brutal tensión de nervios inaguantable, hasta que, pálida, redonda, bobalicona, la luna asomó su blanca faz por detrás de una línea quebrada hacia el Oeste y su luz iluminó con más precisión el paisaje.

Pero, a pesar de esta ayuda, Nino no logró distinguir nada. Parecía como si los sitiadores se hubiesen muerto o se hubiesen retirado de allí, renunciando a su caza.

Pero él sabía que esto no era posible, y precisamente aquel silencio y aquella inmovilidad eran las que más nervioso le ponían.

De súbito, sintió como a su derecha vibraba lastimero el débil aullido del coyote. Era un aullido leve, quejumbroso, bien modulado, pero que su experto oído le advirtió que procedía de una garganta humana.

Poco después recibía la respuesta y más tarde otra, hasta cinco. Y estos quejidos parecían formar un círculo alrededor de él y brotar a corta distancia.

—¡Una señal, maldita sea Jalisco! —Rezongó Nino—. Algo preparan esos cochinos leprosos, pero casi me alegro que den señales de vida. Este silencio estaba acabando o así con mis nervios.

Cesaron los aullidos, sobrevino un silencio angustioso y súbitamente vibraron varias detonaciones.

Nino sintió cómo el sombrero volaba de su cabeza arrancado por un proyectil y cómo otros varios silbaban siniestramente alrededor. Uno le rozó el hombro, arrancándole un trozo de la chaqueta, y el otro casi le quemó una oreja al pasar.

Instintivamente se pegó en el fondo del embudo. Aquellos proyectiles no procedían de la parte baja, sino de algunas alturas próximas, y esto le indicó que, por fin, habían conseguido tomar posiciones en los peñascales vecinos.

El tiroteo se generalizó. Además de disparar los que habían conseguido escalar buenas posiciones, todos los que quedaban en la parte baja habían concentrado sus tiros sobre el peñascal, y aquello era un infierno de proyectiles, buscando la manera de colocar alguno en el cuerpo de tan formidable enemigo.

Ahora Nino no podía asomarse sin poner en peligro su cabeza. Tenía que conformarse con disparar a través de las mellas, buscando la manera de localizar a los que se amparaban en las crestas de los peñascos, y esto le impedía comprobar si, aprovechando aquella situación favorable para ellos, sus rivales trataban de escalar su propio baluarte.

Rabiosamente barría las crestas de los peñascos con sus tiros precisos y rápidos, pero no podía comprobar si surtían el efecto deseado. Tan sólo un par de veces creyó captar entre el fragor de las detonaciones algunos rugidos de dolor, pero no pasó de ahí el resultado.

Ahora adivinaba cómo había sido posible aquello. Aprovechando las sombras, debieron ascender por la parte contraria a la que él podía dominar con la vista, y, una vez que consiguieron tomar posiciones, se dieron el aviso para dar comienzo al ataque general.

Esto lo pensaba mientras cargaba mecánicamente los rifles y los vaciaba rabiosamente, siempre con el ansia de hacer blanco, y era tal su furia, que no dosificaba el esfuerzo, y, a pesar de haber conquistado un buen stock de municiones, las estaba mermando de una manera alarmante.

Quizá lo que pretendían sus enemigos era obligarle a agotar sus reservas de plomo. Cuando pensó en esta posibilidad y calculó el poco resultado que le había dado aquel derroche de proyectiles,

hizo un alto en su faena y cesó de disparar, manteniéndose con el rifle empuñado a la espera.

Veía las rojas lucecitas de los disparos enemigos surgir por lo alto de los peñascales, pero indudablemente se habían procurado, como él, una trinchera, y era difícil acertar, mucho más de noche, a colocar los disparos en los sitios vitales para que surtiesen efecto.

Se desojaba girando de un lado para otro, atento a la lluvia de proyectiles. Debía mantener aquella tensión toda la noche si se lo permitían, y a la luz del sol ya vería si era posible aprovechar el plomo.

Súbitamente, al girar cambiando de postura, algo brilló al reflejo de la luna por entre el hueco de una mella, y Nino captó el cañón de un revólver que surgía por el vano, buscándole siniestramente.

Se pegó a la peña en el momento en que surgía el fogonazo, rozándole la bala la espalda, pero de un salto aferró una mano que asomaba con el revólver, y la apretó de tal forma, que el más espantoso aullido fue la respuesta.

Furioso, echó mano a un cuchillo, y con toda la furia que le dominaba lo aplicó a la mano. El tajo brutal la cercenó, quedándose con ella entre los dedos, mientras, un ruido sordo le hacía comprender que su enemigo había, caído desde lo alto del peñasco, privado de su remo derecho.

Grandes gritos de ira surgieron de los bajos, pero Nino no se distrajo. Adivinaba que no era aquél el que solamente había iniciado la escalada, y temía ver surgir de nuevo más armas de manera inopinada.

Sus cálculos no estaban equivocados. Un nuevo disparo surgió por el lado contrario, no alcanzándole por milagro. Nino respondió y la mano desapareció del hueco, pero otra surgió por el lado opuesto. Antes de que tuviese lugar a disparar, su fiero cuchillo se había clavado en ella, y otro cuerpo se desprendió de la peña, aumentando los rugidos de desesperación de los mormones.

Nino, temiendo que en algún momento le alcanzasen de modo inopinado, tomó una determinación. Con el revólver cargado, se dedicó a asomar a su vez la mano por distintos huecos de las mellas y a disparar hacia abajo al albur, con la esperanza de alcanzar a alguno de los que siguiesen trepando.

Por dos veces sintió rugidos de dolor, y esto le anunció que

había estado acertado y que debía seguir empleando el truco para desanimarlos.

Pero parecía que habían renunciado a tan peligrosa prueba, pues ya no volvió a oír quejarse a nadie, a pesar de que seguía intentando barrer el peñascal después de algunos períodos de descanso.

Mas las municiones iban en baja. Lo que era un caudal de plomo se había convertido, en una reserva muy pobre para mantener aquella heroica defensa, y estaba viendo que cuando le obligasen a gastar el último cartucho ya nada ni nadie le libraría de una muerte espantosa en manos de aquellos fanáticos.

La noche se mantuvo en perpetua tensión. Sus enemigos no dejaban de hostilizar el peñasco, sin permitirle asomarse fuera de él, y Nino, agotado, ya no sabía cómo resistir tan angustiosa prueba.

Al amanecer se reprodujo el tiroteo. Sus enemigos, bien emboscados, afinaban la puntería, y Mino casi no podía moverse del fondo del hoyo, pues los proyectiles, dirigidos con puntería, barrían el filo de la cúspide de su baluarte, impidiéndole asomarse fuera de él.

Esto le producía angustia. Ahora les era más fácil escalarle y poner en peligro su vida por sorpresa.

Rabioso, contestaba a los disparos, agotando las pocas municiones que le quedaban. No podía permanecer inactivo y en silencio, pues ello les hubiese dado más ventaja para afinar la puntería.

Súbitamente, volvió a asomar el peligro por las mellas del peñascal. Dos disparos precipitados le rozaron por falta de dominio de nervios de sus atacantes, y esto le salvó, permitiéndole disparar a través de los vanos, eliminándoles, pero adivinaba que otros varios se estaban preparando a substituirles, hasta que alguno tuviese la suerte de acertarle.

Cuando mayor era el estruendo de los disparos, algo se produjo que les obligó a cesar en el fuego. Nino se envaró y, con el revólver empuñado, se irguió de manera imprudente para echar un vistazo a ver qué había motivado aquella suspensión.

Un grito de alarma le dio la tónica de lo que sucedía:

—¡Soldados!… ¡Soldados!…

Se produjo una confusión enorme. Nino observó cómo de los

peñascales próximos empezaban a descender raudamente los que habían permanecido emboscados, cosa que le movió a empuñar el arma y a emplear los últimos cartuchos en disparar contra ellos, abatiendo a varios en su desesperado descenso.

En confuso tropel todos los mormones se desplegaron por entre los cantiles, dispuestos a ofrecer desesperada resistencia al avance de sus enemigos, y Nino pudo erguirse sobre el parapeto, echando un vistazo hacia el Este.

Su corazón latió de alegría al observar unas manchas azules que se movían rápidamente por los estrechos pasos, avanzando hacia su posición. No le cabía duda alguna de que se trataba de soldados, y éstos no podían ser otros que los de guarnición en el campamento de Flyod.

Si así era, Texas y Born debían avanzar entre ellos. Quizá el bravo Jim les había inducido a dar una batida por la montaña para buscarle a él, y el tiroteo les había orientado para acudir rápidamente en su socorro, sin tener que perder un tiempo precioso en registrar todo el conglomerado de rocas.

Los soldados avanzaban con premura. Algunos caminaban a pie, pero otros daban rodeos grandes para encontrar un paso factible a sus caballos, y pronto estarían a la vista y le sería posible reconocerlos.

Los mormones abrieron fuego desde determinadas posiciones para contener el avance, siendo contestados rápidamente, y Nino, que se vio obligado a agazaparse, pues habían disparado contra él, observó cómo se replegaban disparando, buscando, sin duda, la huida antes de entablar combate.

Cuando se habían retirado lo suficiente para no constituir peligro para él, se puso en pie en la roca y echó un vistazo al paisaje. Los soldados eran ya visibles y a su vez podían distinguirle a él.

No le quedaban en el revólver más que cinco cápsulas, pero impetuosamente levantó el arma y disparó los cinco proyectiles aire, con intervalos iguales, para llamar la atención de los que avanzaban.

Poco después observó cómo un grupo se dirigía directamente hacia el peñascal, y su corazón latió con inusitada violencia al distinguir entre la nota azul de los uniformes dos jinetes vestidos de

paisano que avanzaban en cabeza.

—¡Texas!… ¡Born!… —exclamó con ronca voz.

Haciendo portavoz con las manos, y poniendo toda la vibración de que era capaz en el grito, aulló:

—¡Manito…, aquí…, Nino! ¡Maldito sea Jalisco!…

Toda la tensión nerviosa que le había animado para resistir las duras pruebas de aquellos tres días interminables y trágicos, desapareció como per encanto. Su cuerpo, quebrantado por las emociones, la sed, el hambre y el sueño, se sintió presa de una enorme lasitud que no podía dominar. Se sentía desfallecer, hundirse en la nada, perder la rigidez y la elasticidad, sin fuerzas para permanecer erguido hasta tener la convicción absoluta de que había sido visto, y, escurriéndose flácidamente, tuvo la noción de que iba a caer dentro del hoyo, en el que fácilmente podía pasar desapercibido de sus amigos. Con un poderoso esfuerzo, se asió a las mellas, reclinó su cuerpo en ellas y quedó colgando de mitad para afuera, como un trágico pelele.

Cuando pasasen, no tenían más remedio que verle. Después, ya no tendría que preocuparse de nada.

Y así, en aquella posición, cerró los ojos, perdió la noción de la realidad y se sumió en el mundo de la nada.

Capítulo VII

En el último momento

LA desaparición de Nino fue para Texas un rudo golpe que le sumió en la mayor desesperación.

Eran muchos años los que el mejicano había peleado a su lado, corriendo peligros sin fin, pero saliendo siempre victoriosos de todas las emboscadas y traiciones, y desde que le conocía no se había separado de su lado de aquella manera tan dramática, y Texas se preguntaba qué podría decir a la infeliz Daphne cuando se presentase en el rancho sin su marido, y cómo podría consolarla de aquel segundo golpe trágico de su vida desgraciada.

Por más que se quería imaginar lo que había sucedido, no lograba encontrar alguna pista que le permitiese orientar sus gestiones. Había desaparecido como una voluta de humo que se deshace en el espacio, y nada indicaba que se pudiese volver a saber nada de él.

Por dos veces recorrió a lo largo del cañón examinando las grietas que daban a él, en busca de su compañero, y si bien en una de ellas descubrió varios cadáveres cuya presencia no podía fijar con lógica, no sospechó que eran las víctimas que Nino hiciera así que fue capturado, y que quedaron allí abandonadas por sus propios

compañeros.

Desesperado, se volvió al campamento, donde había una larga tarea que llevar a cabo. Muchos soldados habían sufrido los efectos de la feroz lucha y todos tenían que coadyuvar a restañar su sangre y curar sus heridas.

Texas no estaba dispuesto a abandonar las Rocosas sin saber algo positivo sobre la suerte de su valioso auxiliar. Lo seguro era que le hubiesen dado muerte, pero acaso estuviese prisionero, y de una actuación rápida y audaz podía depender su salvación.

Por otra parte, no renunciaba a terminar con Zenker. Había ido a Utah más que por nada por terminar con el odioso ex secretario y dejar expedito el camino de la felicidad de Vera, y tenía que cumplir su promesa antes de volverse a sus posesiones, para ya nunca más sumirse en aventuras de aquella envergadura.

Ya había prestado grandes servicios a la nación. Tenía corridos peligros sin cuento, y su vida ahora no le pertenecía como cuando estaba soltero. Se debía a su mujer y a su hijo, y a ellos se dedicaría, dejando a otros la tarea de seguir sus huellas en lo sucesivo.

Como la tarea de registrar la montaña para localizar a Brigham y su satélite era algo superior a sus escasas fuerzas, quería contar con la cooperación del capitán que mandaba las fuerzas, para dar una buena batida. El servicio que él les había prestado evitando que fuesen aniquilados, bien merecía aquella ayuda, que, por otra parte, sería beneficiosa para la nación, pues si localizaban al patriarca mormón y lo entregaban a las autoridades, habrían dado un golpe de muerte a la secta, acabando de una vez con aquella amenaza y con las inquietudes que el mormonismo estaba sembrando.

Así, durante dos días, se vio obligado a permanecer en el campamento, ayudando a atender a los heridos, enterrando a los muertos y asistiendo al consejo de guerra que se había formado a dos docenas de prisioneros que se habían hecho. El consejo les castigó a ser fusilados por rebelión contra la fuerza armada, y todos fueron pasados por las armas, sin que hubiese clemencia para ellos.

Cuando el orden y la tranquilidad se fueron restableciendo en el campamento, Texas expuso sus planes al capitán, y éste, después de una meditación profunda, dijo:

—Señor Texas, lealmente no le puedo negar a usted nada. El favor que nos ha hecho es inmenso, y aunque militarmente yo debía

consultar antes de lanzarme a aventuras que se salen de la misión que se me ha confiado, prescindiré de ello amparándome en esos poderes extraordinarios que el Gobierno le ha dado.

«Haré un recuento de fuerzas y destacaré los hombres que pueda y los que estén en mejores condiciones físicas para la batida. No le oculto que el monte es traicionero y que Brigham debe tener en él aún un remanente de hombres bastante regular.

—Muchas gracias, capitán —repuso Texas—. Tantearemos la situación, y si viésemos que encerraba un grave peligro nos replegaríamos de nuevo, pero tengo la corazonada que esta razzia imprevista va a dar buen resultado y a terminar con el peligro del mormonismo.

—¡Ojalá acierte usted! Ya es hora de barrer esa lepra y dar satisfacción a los que claman por la desigualdad de derechos y condenan la poligamia como un delito de descomposición moral y de principios fundamentales.

Ya de acuerdo, el capitán se dedicó a realizar una selección de hombres, y, por fin, designó cincuenta que eran los que en mejores condiciones se encontraban para la lucha.

En previsión de que toda la montaña estuviese vigilada y pudiesen oír la voz de alarma apenas se moviesen con dirección a ella, el capitán destacó varios espías, que recorrieron el cañón y las estribaciones que daban a la senda, sin que descubriesen nada sospechoso, y, con tales informes, una noche se decidieron a escalar los cantiles, adentrándose por el monte con dirección al Paso del Sur, en cuyas inmediaciones estaban seguros de que tenía su guarida el patriarca mormón.

Sigilosamente se desparramaron por los accidentes del terreno, enviando por delante varios exploradores. Habían elegido la noche para iniciar el avance, y contaban con que, durante ella, les sería más fácil avanzar sin ser descubiertos.

No se habían adentrado apenas en el terreno, cuando una de las parejas de exploración regresó rápidamente a unirse al grupo de las fuerzas, manifestando que lejos se captaba fragor de combate. El aire traía en sus ondas el sordo detonar de los rifles, indicando que se celebraba un nutrido tiroteo.

Texas quedó intrigado. No se explicaba aquello, a menos que hubiese estallado entre los propios mormones una insurrección.

Nadie debía haberles atacado en su guarida, y una lucha dentro de ella no tenía otra justificación.

—¿Qué hacemos? Preguntó el capitán. —Parece que los lobos se muerden entre sí.

—Mejor para nosotros. Sí ellos mismos se están causando bajas, será un alivio que nos proporcionan. Creo muy oportuno presentarnos en plena lucha, para decidirla.

El pelotón se puso en marcha, tomando toda clase de precauciones para ampararse en la sombra de los peñascales y no ser descubiertos. Todos llevaban los rifles empuñados y no daban un paso sin estar seguros de que no tenían enemigos delante.

Así avanzaron más de media milla, captando cada vez más cerca y más claro el fragor de los disparos y orientándose por ellos.

Pero aún se hallaban bastante alejados del lugar de la lucha, cuando el tiroteo fue decreciendo, hasta que dio fin, y Texas masculló:

—¡Mala suerte! Ya no llegamos a tiempo. El asunto ha debido quedar liquidado en favor de alguien.

—¿No sería el momento de caer sobre ellos? —preguntó Born.

—¿Cómo? Estamos aún lejos, y esto es un laberinto que retrasa todo avance. Cuando queramos llegar allí, seguramente estarán lejos.

—De todas formas, no podemos renunciar a perseguirles.

—Claro que no, pero avanzaremos con cautela. Cuando el día nazca, podremos movernos con más desahogo, y, sobre todo, poder registrar este laberinto desde alguna altura de éstas, que nos permita darnos cuenta de la situación.

Como la noche estaba demasiado avanzada, decidieron hacer un alto hasta la madrugada, y cuando al fin clareó el día, se dispusieron a reanudar la marcha.

Pero apenas se había dado orden de levantar el campamento, volvió a iniciarse el tiroteo, y Texas, intrigado, buscó un lugar factible de escalar para estudiar el terreno.

Seguido de Born y el capitán, consiguió descubrir una altura, que se apresuraron a escalar.

Ya en lo alto, orientaron la mirada hacia el lugar de dónde procedían las detonaciones, y quedaron intrigados con lo que descubrían sus ojos.

En una extensión aproximada de cien metros se elevaban volutas de humo señalando el lugar de la pelea, y era curioso observar que aquellas volutas parecían formar un perfecto semicírculo.

—¡Por Judas! —Exclamó Texas—. ¡Es curioso! Deben tener acorralado a alguien que se defiende con desesperación. No es una lucha de facciones, sino un asedio. ¿No lo comprenden así?

Born, que no apartaba la mirada de aquel lugar, exclamó, muy excitado:

—¡Fíjense!… Allí, en el centro, se eleva un picacho agudo, en el que parecen converger todos los disparos… Miren… Desde el picacho contestan con decisión, pero no creo que sean muchos los sitiados, aunque disparan con rapidez… La base parece muy estrecha.

—¿Quién podrá ser? —exclamó Texas, pensativo—. Da la sensación de que deben defenderse tres o cuatro personas; si se trata de una sola…, tendría que sospechar que se trataba de Nino.

—¡No puede ser! —exclamó Born—. Esos disparos son de rifle, y no de uno sólo. Vea cómo, aunque con intervalos, los disparos se suceden rápidos… Tiene que haber tres o cuatro.

—Bien; sean los que sean, vamos hacia allá. Me tiene intrigado este misterio, y, sobre todo, nos da ocasión para poder batir a un buen puñado de sapos como esos. Quizá alguno nos pueda dar informes sobre la suerte de Nino.

Ya no podían ocultarse más a los ojos de los mormones, y, sin cuidarse de ellos, Texas ordenó que cada cual avanzase todo lo más rápidamente posible y por los lugares que más se prestasen a ello.

Los soldados se abrieron en abanico para barrer una gran cantidad de terreno, y se lanzaron por los estrechos pasos hacia el lugar de la pelea, pero pronto la clara luz del sol les puso al descubierto, y los secuaces de Brigham se dieron cuenta de su inesperada llegada, dando la voz de alarma…

Nino dejó de ser objeto preferente de sus tiros. Ahora, había que cuidarse de un peligro mayor, despreciando al osado mejicano.

Los mormones, rabiosos, se apostaron entre los peñascales, abriendo fuego contra la tropa, pero ésta replicó al ataque, y pronto se entabló un impresionante tiroteo.

Texas, preocupado con la suerte de los que se habían defendido tan briosamente en aquel inverosímil baluarte, ordenó a Born:

—Sígame. Vamos a ver quién diablos se refugia en lo alto de aquel peñón. Tengo una gran curiosidad por saberlo.

Y, disparando sobre, los enemigos, que se replegaban poco a poco, avanzó con la vista clavada en el peñascal. De éste brotaron algunos disparos aislados, y cuando los sitiadores habían retrocedido un buen número de metros, una gigantesca figura surgió, como brotando de la peña, y un revólver lanzó cinco disparos al aire.

Texas, con el corazón en la garganta a causa de la alegría recibida, exclamó roncamente:

—¡Nino!… ¡Maldito sea el infierno!… Solamente ese mastodonte es capaz de hazaña semejante.

Levantó los brazos al alto con el rifle empuñado para llamar su atención, en el momento en que Nino, vencido por la Naturaleza, se desplomaba sobre el borde del cantil, con parte del cuerpo colgando hacia la parte de fuera.

Texas palideció, rugiendo:

—¡Ira de Dios!… ¿Le han matado ahora precisamente que habíamos llegado tan a tiempo? ¡Oh, sería como para morir de rabia y dolor!

Lanzó su caballo al galope, seguido del de Born, en tanto que gritaba al capitán:

—Siga adelante; no les conceda un minuto de respiro… Voy a ver si llego a tiempo de salvar a mi amigo.

Detuvo el caballo junto al cantil, y en unión de Born, que también estaba emocionadísimo, empezó a escalar el picacho. Bajo él y alrededor descubría cuerpos contraídos e inmóviles, que le decían de toda la fiereza y todo el brusco entusiasmo que el mejicano había puesto en la defensa de su vida.

Por fin alcanzaron casi simultáneamente la cima, y Texas se arrojó anhelante sobre el cuerpo de Nino, palpándole con ansia en busca de la herida.

Pero sus ropas, aunque destrozadas, no presentaban señal alguna de sangre, y, después de un rápido reconocimiento, se serenó.

—¡No es nada, gracias a Dios! —dijo—. Ha perdido el conocimiento. A lo mejor, es que desde que desapareció ni ha comido ni dormido, defendiéndose como una fiera en este absurdo cantil.

La operación de hacer descender el cuerpo de Nino era tarea imposible para ellos. Pesaba enormemente y carecían de medios para intentarlo.

Texas suplicó a Born:

—Quédese con él, haga el favor. No creo que haya peligro alguno; además, tiene ahí un arsenal… ¿Dónde diablos se habrá hecho con tanta arma? Cualquiera diría que se ha pasado el tiempo desvalijando arsenales…

—Sí, pero… no hay ni un proyectil. Debió agotarlos todos.

—Quédese con mi rifle y el de usted. Ahí tiene proyectiles.

Entregó todo a Born y descendió rápidamente, montando de nuevo a caballo y galopando lo más aprisa que le fue posible para alcanzar a los soldados que perseguían furiosamente a los mormones.

Éstos, viéndose perdidos, y después de dejar un buen número de hombres en los estrechos pasos, se habían diseminado fieramente, tratando de disolver el pelotón y hacer más factible el ataque por porciones aisladas. Texas llegó en el momento en que los soldados, animados por la fiebre de la pelea, se disponían a seguir la persecución de aquella manera peligrosa.

Jim gritó:

—¡Alto!… ¡Alto!… ¡Nada de imprudencias!

Le hizo ver al capitán lo peligroso de aquel intento.

—¿Es que los vamos a dejar escapar ahora que los tenemos acorralados?

—No; pero… tengo otra idea. Veo que han capturado ustedes a dos prisioneros. Volvamos al lugar donde hemos encontrado a Nino. Creo que vamos a hacer las cosas un poco mejor y con más éxito. Síganme.

El capitán dio la orden de regreso, y sus soldados, con bastante sentimiento, retrocedieron.

Los dos prisioneros, reciamente amarrados, iban en cabeza, atados a las colas de dos caballos, y, detrás, cincuenta rifles velaban porque no se escapasen.

Texas dio cuenta al capitán del estado en que había encontrado a Nino y de la necesidad que tenía de ayuda para descenderle de su atalaya y cuidar de él.

Cuando llegó la tropa al pie del cantil, varios soldados

ascendieron con Texas y, provistos de cuerdas y con dos lazos, pudieron trabar reciamente el cuerpo del mejicano y enviarlo a tierra.

Ya allí, se procedió a friccionarle, a darle masaje, y durante una hora se luchó para reanimarle, hasta que el calor del tratamiento le hizo operación.

Nino abrió maquinalmente los ojos, suplicando:

—¡Agua!… ¡Agua!…

Un soldado ofreció su cantimplora. Texas le hizo beber unos pequeños sorbos, y luego le administró un poco de ron que Born guardaba en un pequeño frasco.

La ardiente bebida obró un mayor milagro. El mejicano abrió más los ojos, paseó su turbia mirada alrededor, y, al reconocer a Texas, murmuró:

—¡Oh, manito!… Yo… yo sabía que tú… tú… no me dejarías… Gracias por… por ella… y por Guadalupe…

—Bueno, Nino; no te pongas sentimental, ¡maldita sea Jalisco!, y dime algo que me oriente.

—No… No… Puedo, manito. Me… duermo a chorros. Fué una pena… que Zenker… se… se me escapara.

—¿Cómo? ¿Que habías apresado a Zenker?

—Sí…, allí… en el risco… Le dejé atado, y… cuando volví… se… había dejado rodar… por él… Debió morir y…

No pudo decir más: el sueño le venció y se quedó dormido.

Texas estaba asombrado y maldecía la fatalidad que había vencido a última hora al mejicano en forma de sueño. Le hubiese gustado conocer todos los detalles de su odisea, y, sobre todo, saber cómo se había podido apoderar de Zenker y cómo se le había escapado.

La explicación era muy vaga, pero había algo tangible que debía comprobar.

Si Zenker se había dejado rodar por el risco cercano, tenía que hacer una investigación para comprobar su muerte. Por ningún concepto debía fiarse de una apariencia que podía serle trágica y que para nada servía a Vera, quien sólo podría verse libre de su terrible lazo cuando existiese un testimonio sólido que acreditase la muerte del monstruo.

Dejando a Nino al cuidado de Born, se acercó al capitán,

diciendo:

—Si le parece, vamos a interrogar a ese par de sapos que tiene usted ahí amarrados. Haremos algo que les obligue a hablar alto y claro. Quizá sus informes nos sirvan para algo positivo.

El capitán ordenó presentarles a los prisioneros, y éstos, temblando de pánico, pues adivinaban el final que les aguardaba, parecían presa de una epilepsia.

Texas les miró con severidad, diciendo:

—¿Sabéis el castigo que merece quien se levanta en armas contra la nación y ataca a las instituciones armadas?

Uno de ellos replicó, azorado:

—Nosotros… no queríamos hacer eso… Sólo pretendíamos capturar a ese… individuo que… que… se escapó y…

—¡Un momento!… Cuenta qué ha sucedido…

El mormón hizo un relato lo más aproximado posible de la fuga de Nino, del modo que había podido librarse de sus ligaduras, matando después a los centinelas de las cuevas, y de cómo, al huir, se había llevado con él al otro prisionero, el cual estaba maniatado y custodiado por orden de Brigham.

—¿Cómo? —exclamó Texas, asombrado—. ¿Es que dio orden de apresar a su hombre de confianza?

—Sí. Le culpaba de los desastres sufridos y estaba dispuesto a azotarle y luego a colgarle de un árbol… Cuando se enteró de la fuga de los dos, nos conminó a buscarles y no regresar sin ellos.

—¿Dónde está el otro prisionero?

—No le hemos visto. Cuando descubrimos al mejicano, estaba encaramado en lo alto del peñascal, y nos recibió a tiros, usando de las armas que se había llevado. Hemos estado dos días asediándole.

Texas se daba cuenta ahora de la heroica hazaña de su valioso auxiliar, y, aunque le conocía bien y sabía de lo que era capaz, aquello rebasaba todas las posibilidades normales en un hombre, por duro que fuese.

—¡Es un salvaje!… —murmuró—. Ninguno hubiésemos hecho lo que ha sido capaz de hacer él.

Ya con datos precisos, cambió de tema.

—¿Cuántos hombres hay en la montaña?

—Lo ignoro. No lo sé ciertamente.

Texas, amenazador, exclamó:

—Escucha; vuestra actuación merece que seáis pasados por las armas, pero os brindo una posibilidad de salvar el pellejo, y es a cambio de que contestéis lealmente a todo cuanto os pregunte, bien entendido que lo comprobaré antes de daros libertad, y si me habéis engañado en algo, no sólo no habrá piedad para vosotros, sino que, antes de enviaros al infierno, os haré sufrir un suplicio que aterraría a los indios. Ahora, decidme si estáis dispuestos a hablar.

Los prisioneros se consultaron con la mirada, y, por fin, uno de ellos dijo:

—Si me das tu palabra de honor…

—La tienes.

—¿Y el capitán también?

Éste afirmó con la cabeza.

—Pues bien, pregunta lo que quieras.

—¿Cuántos hombres hay en la montaña?

—Exactamente, no lo sabemos, pero pueden calcularse en algo más de doscientos.

—¿Bien armados?

—Regular. Algunos, sí.

—¿Cuáles son los planes inmediatos de vuestro jefe?

—Ahora, sólo él lo sabe. El fracaso del campamento le ha vuelto loco. Contaba con el éxito para apoderarse de Salt Lake City. Ahora, después de mandar prender a Lane y con la fuga de éste y del mejicano, nadie sabe lo que hará.

—¿Dónde tiene el refugio Brigham?

—En la montaña.

—Ya lo sabemos. Pregunto en qué sitio.

—A unas dos millas de aquí. Está situado en un lugar rodeado de enormes cantiles, y sólo se puede llegar a él por pasos estrechos, tortuosos y difíciles, muy bien defendidos. Nosotros no hemos llegado hasta la cueva, porque sólo tienen acceso a ella determinados hombres de su confianza.

—Pero sabes llegar hasta esos pasos…

—Sí…

—Está bien. Cuando yo os lo ordene, nos vais a conducir hasta ellos. Luego, si todo lo que habéis confesado es cierto, os daré libertad para que desaparezcáis de aquí, a más de cien millas de la ciudad del lago. Si, por el contrario, existe la más leve sombra de

engaño, temblad, porque tendréis motivo para ello.

Como ya no tenían nada interesante que revelar, Texas dio orden de que fuesen entregados a los soldados para su custodia, y, después, se reunió con el capitán y con Born para cambiar impresiones.

—¿Qué les parece a ustedes que podemos hacer? —preguntó.

—No sé qué decirle —afirmó el capitán—; más de doscientos hombres son muchos, teniendo en cuenta que están emboscados en lugares muy difíciles de atacar. Creo que con los hombres que cuento no va a ser empresa viable.

—Bien, no me atrevo a asegurar que sí, pero tampoco la desecho. Así que Nino vuelva en sí, podrá ilustrarnos un poco, puesto que él ha estado allí y conoce aquello. Si podemos hacer algo que no sea descabellado, lo intentaremos, y si no…, podemos cercar la madriguera, y, mientras, pedir refuerzos al gobernador de Salt Lake. Es muy amigo mío, y si sabe que con su ayuda puede apresarse a ese sapo mormón, no dudará en ayudarnos.



—Bien; pues esperaremos a ver qué nos dice Nino.

—Le dejaremos dormir hasta mañana por la mañana. Creo que para entonces habrá descansado bien y se encontrará repuesto. Ordene usted que se monte una severa vigilancia, por si son tan audaces que reúnen gente y tratan de atacarnos. Mientras, y para no hacer tan larga la espera, tengo algo en proyecto.

—¿El qué?

—Explorar esa sima y convencerme de que Zenker se ha estrellado en ella, No puedo confiarme ni marchar de aquí sin saber algo positivo.

—Bien; veamos qué clase de sima es. No me parece que la cosa sea tan fácil como usted proyecta.

—Ya lo veremos. Todo es cuestión de paciencia, habilidad y un poco de valor. Vamos.

Recorrieron los alrededores, hasta que alcanzaron la terrible cortada indicada por Nino. Texas se asomó a ella e hizo un gesto de desagrado.

—No es un bizcocho blando que se come fácilmente, pero no desespero de hacer algo.

Atentamente examinaba el terrible corte. Éste, a pesar de la luz del sol, no se mostraba claro a sus ojos. La pared fronteriza, cortada a pico, caía verticalmente, hundiéndose en un cono de sombras, mientras la del lado donde ellos estaban se deslizaba en pronunciada rampa que, cubierta por los espesos matorrales de salvia y plantas parásitas, cortaba la visual y no permitía ver el fondo.

Texas, impávido, recorría los bordes examinando la rampa; por fin se detuvo, diciendo:

—Capitán, algunos de sus hombres poseen lazos de cuero resistentes; nosotros tenemos los nuestros. Requíseme todos los lazos y las cuerdas resistentes que posean.

—¿Qué locura pretende usted?

—Descender por ese talud hasta el fondo, si es que no está en los mismos infiernos.

—Eso es una temeridad. Lo más seguro es resbalar y…

—Por eso necesito los lazos. He observado que no es roca lisa, sino sinuosa. Hay muchas mellas; las plantas son resistentes, al parecer; con estos elementos de ayuda y la sujeción de los lazos por si tengo la desgracia de perder pie, espero llegar al fondo, o cuando menos alcanzar algún lugar que me permita examinarlo.

Por más que razonaron, no encontraron el modo de convencerle para que renunciase, y, en vista de ello, el capitán se dedicó a recoger todos los lazos y cuerdas que poseían sus hombres.

Fué el propio Texas quien se cuidó de anudarlos. Poseía un

sistema sencillo, pero segurísimo, para atar sin que se pudiese deshacer el nudo, pues su método hacía que, cuando más tirante estuviese el cuerpo, más apretado resultase el ligamento.

Uno a uno, repasó lazos y cuerdas, asegurándose de que no estaban rotos o pasados, y así llegó a fabricar una cuerda larguísima que le permitiría descender a gran profundidad.

Se ató el lazo al cuerpo por debajo de los brazos, se guardó un par de recios y grandes cuchillos en el bolsillo, y decididamente se dejó deslizar por el reborde del talud, tanteando los vanos de la piedra y las ramas parásitas para iniciar el descenso.

Docenas de dilatados ojos se habían clavado en él, y una angustia producida por el temor atenazaba los pechos.

Capítulo VIII

Así paga el diablo

ZENKER era el genio del mal con la suerte pegada al alma. Nadie como él para hurtar el cuerpo a la muerte cuando ésta parecía tenerle cogido por la garganta, y aun en ocasiones como ésta, en que, seguro de morir, aceptó como final más digno darse muerte por su propia voluntad, la muerte se vio burlada una vez más, perdiendo tan estimable presa.

Maniatado como una res, sin medios de defensa para bandearse en tan terrible viaje, y desesperado, sabiendo que Nino cometería con él las más refinadas herejías, se movió como un reptil al borde de la cortada y, en un impulso violento, se dejó caer al abismo, maldiciendo de sus enemigos, que, por fin, le habían vencido para siempre.

Zenker se sintió rodar como una pelota a través de la lujuriosa maleza que recubría las paredes de la sima como una tupida alfombra, pero precisamente esta alfombra espesa y enrevesada fue su salvación.

A medida que bajaba dando vueltas, el entramado del ramaje le detenía un momento para después despedirle debido al peso de su cuerpo, y de nuevo volvía a hundirse, para ser recogido por otro

matorral, y así, como si fuese haciendo escala en el trágico viaje, su caída fue relativamente lenta.

Claro que él no se dio cuenta de ella. A poco de caer, un golpe recibido en la cabeza contra una gruesa rama le privó de conocimiento, y el resto del viaje hasta alcanzar el fondo sólo fue un cuerpo inerte que no pudo seguir los dramáticos incidentes de la caída hasta llegar al fondo.

Como una peña cayó sobre un enorme montón de hojarasca acumulado al desprenderse de las alturas y allí quedó boca arriba, con el rostro terriblemente arañado y con dolorosos magullamientos en el cuerpo, pero vivo aún y con vitalidad para reponerse de tan penoso incidente. Pero con esta suerte nada había ganado. Vivo o muerto, se hallaba maniatado en el fondo de una sima, y sólo debía esperar una lenta agonía si volvía en sí del desmayo.

Su robusta naturaleza triunfó sobre todas las tribulaciones de la carne, muchas horas después, cuando el día estaba agonizando y llevaba de sol a sol aplastado sobre la hojarasca.

Su despertar fue cruel. Le dolía todo el cuerpo, sentía terribles vahídos en la cabeza y se le abrían las carnes a consecuencia de las ligaduras, pero el ánima estaba intacta, y un deseo loco de vivir vibraba en él. Poco a poco fue recordando, en medio de sus dolores, los detalles de la odisea, y él mismo se asombró cuando, al mirar a lo alto, distinguió las pinas paredes de la cortada perdidas en las alturas y se vio vivo.

Esto le hizo concebir alguna esperanza. Cierto que estaba imposibilitado de moverse, pero nadie le vigilaba ni coartaba su acción, y podía intentar lo imposible para desligarse de la feroz presión de las cuerdas.

En primer término, echó un vistazo alrededor para hacerse cargo del lugar donde había caído. De nada podría servirle un intento desesperado para verse libre de trabas, si se encontraba en un pozo sin salida posible.

Lo que podía considerarse una sima, era en realidad un estrecho cañón, cuyas paredes se separaban unos ocho metros una de otra. Esto le hizo concebir esperanza, pues si realmente era un estrecho paso, tendría salida a algún sitio, y si la tenía…, bien merecía la pena realizar sacrificios increíbles para recobrar la libertad de movimientos.

Probó a ponerse en pie, pero le fue imposible. Carecía de medio de apoyo y le dolía todo el cuerpo. Necesitaba descansar, reponerse un poco, acumular energías para la gigantesca tarea y hacerse a la idea salvaje de que tenía que recobrar la libertad fuese como fuese.

Decidió permanecer quieto algún tiempo. Sentía el tormento de una sed loca que aumentaba al captar el rumor de un regato próximo, pero no conseguía localizarle con la vista.

Poco a poco, la noche fue tendiendo su manto y el oído de Zenker se afinó al captar un rumor que no dudó en calificar como de detonaciones.

El rumor fue creciendo rápidamente. Ahora, llegaba a él intenso y nutrido el crepitar de los rifles y calculó que los mormones habían dado alcance a Nino y éste se defendía desde algún lugar propicio.

Una alegría salvaje le invadió al concebir la sospecha. Si había sido alcanzado por los mormones, poco podría hacer contra tan crecido número de enemigos y sólo con ponderar que aquel cruel mejicano purgase antes que él sus pecados y muriese a manos de sus rivales, le confortaba y le animaba a seguir confiando.

Las sombras le impedían intentar nada y decidió esperar la salida del sol. Entonces, se habría recuperado un poco y haría lo que humanamente pudiese hacer.

No durmió en toda la noche. Aparte de los dolores que le acuciaban y del tormento de las ligaduras, le agobiaba la sed y, por otro lado, estaba atento al intenso tiroteo que a intervalos se producía causándole extrañeza que tantos enemigos como al parecer se habían juntado para capturar a Nino, no lo lograsen y pudiese mantenerlos a raya.

Por fin, cuando el sol llegó al fondo del cañón, se dispuso a intentar algo para recobrar la libertad. Necesitaba poder arrimarse a algún trozo de roca en forma de arista, que le permitiese en fuerza de paciencia limar sus duras ligaduras.

Girando como un reptil, rodando a veces hasta morder el polvo y la hojarasca al dar vueltas para ganar terreno, avanzó muy lentamente hacia la pared fronteriza. Ésta era la más descargada de plantas parásitas, pues por la que había rodado no permitía descubrir la roca a causa de la compacta masa de arbustos.

Se hallaba en mitad del canon, cuando se detuvo con el oído atento. Le había parecido captar el machacar de los cascos de un

caballo por el duro piso y un temblor rabioso se apoderó de él.

Si se trataba de algún enemigo, nada había adelantado con salvar la vida, pues le volverían a capturar y esta vez para siempre.

Por fin, comprobó que su oído no le había engañado. Un caballo avanzaba por la estrecha senda. El cañón debía conducir a algún lugar del corazón de la montaña y los mormones conocedores de él lo aprovechaban para sus requisas.

Poco después, apareció un jinete en una revuelta que formaba el angosto sendero y Zenker, con ojos de loco, clavó en él sus dilatadas pupilas.

No conocía aquel rostro. Desde luego se trataba de un mormón, pero no recordaba haberle visto nunca.

El jinete, al ver atravesado un cuerpo en el sendero, se detuvo apeándose. Luego, lleno de asombro, se acercó al caído y al observar que le miraba fijamente y que se encontraba maniatado, exclamó:

—¡Por el diablo! ¿Quién eres tú y cómo te encuentras aquí de esa manera?

Zenker intentó una mentira que sólo podía salvarle si el mormón no le conocía y, con voz compungida, exclamó:

—¡Oh!, compañero, me hicieron prisionero en el campamento durante la lucha con aquellos asquerosos soldados. Me condenaron a ser fusilado y logré escaparme, alcanzando la montaña, pero me persiguieron capturándome después que agoté todos mis cartuchos. Me amarraron y de vuelta al campamento, para descansar, me dejaron tumbado al borde de esa pared. Sabiendo que no tenía salvación posible, decidí matarme antes de que me matasen y en un esfuerzo, me dejé rodar por la pendiente. Las grandes plantas que cubren el talud retrasaron mi caída, sirviéndome de tapiz y aquí caí sin poderme desligar de estas malditas cuerdas. Creí que de nada me serviría el peligro corrido y que moriría aquí de hambre y de sed. ¿Qué haces tú por aquí? ¿Vuelves a nuestro refugio?

—Sí, me incorporé ayer a los nuestros. He venido desde el sur de Utah, donde me encontraba cuando se produjo el golpe contra nuestro patriarca.

—Son unos cerdos —afirmó Zenker esperanzado—; pero tarde o temprano llevarán su merecido y volveremos a apoderarnos de Salt Lake City. Yo traigo informes que pueden ser muy valiosos para

dárselos a Brigham. Compañero, por favor, ¿tienes agua?

El mormón descolgó su cantimplora y la arrimó a los resecos labios de Zenker, el cual bebió con ansia del preciado líquido.

Un bienestar enorme le acometió después de saciada la sed y siguió mirando con ojos suplicantes a su providencial salvador, el cual, con su cuchillo, se apresuró a librarle del tormento de las cuerdas.

Zenker, con los ojos semicerrados, le dejaba hacer al tiempo que combinaba siniestros planes. Aquel infeliz que le desconocía y que le estaba salvando la vida incautamente, estaba condenado a ser una víctima más de sus tenebrosos planes, pues Zenker era un reptil venenoso en cuyo pecho no anidaba el agradecimiento.

Cuando las ligaduras quedaron cortadas, no pudo moverse; sentía todos sus miembros dormidos y en ellos un dolor lacerante.

Quejumbroso, suplicó:

—Por favor, compañero, ayúdame a recobrar el movimiento. Tengo que friccionarme los brazos y las piernas para restablecer la circulación de la sangre.

El mormón, complaciente, empezó a friccionar sus brazos, cosa que al principio causó a Zenker calambres y pinchazos terribles, pero poco a poco el dolor fue cediendo y aunque con dificultad, pudo mover sus remos superiores. Luego, él mismo, ayudado por su compañero, se friccionó las piernas. El ejercicio le ayudó a que los brazos recobrasen más elasticidad. Esto para él era esencial, pues posiblemente tendría que librar una batalla feroz con aquel tipo inconsciente, que se estaba cavando su propia sepultura con aquella acción piadosa.

Arriba empezó a captarse el tiroteo y el mormón, inquieto, preguntó:

—¿Qué sucede por allá arriba?

—Me figuro lo que es —afirmó Zenker nuestros compañeros que vigilan para evitar una sorpresa, habrán descubierto a los soldados que me perseguían y han debido entablar combate con ellos. Espero que no dejen vivo ni uno.

Por fin, ayudado, pudo ponerse en pie y andar lentamente, reponiéndose con presteza.

Era más un esfuerzo de sugestión que físico el que le iba animando. Temía que cualquier incidente imprevisto frustrase sus

planes descubriendo el engaño y tenía que darse prisa en maniobrar.

Media hora más tarde, se encontraba lo suficientemente fuerte para intentar un golpe de sorpresa, aunque no para sostener una lucha ruda, pues le dolían todos los huesos del magullamiento de la caída.

Mientras se paseaba, examinaba de reojo a su compañero, que se había sentado sobre una piedra y estudiaba el modo de sorprenderle para eliminarle.

El mormón tenía un rifle atravesado sobre la silla, pero intentar apoderarse de él y disparar, era suicida. Su enemigo poseía un revólver a la cintura, que lograría empuñar antes de que él tuviese tiempo de maniobrar con el rifle, aparte de que ignoraba si éste estaba o no cargado.

Le atraía el cuchillo que pendía de la cintura del mormón. Si lograba tenerlo en sus manos, el éxito de su plan sería seguro.

Zenker salió de su ensimismamiento cuando su compañero le advirtió:

—¿Cómo te encuentras? Si puedes montar a caballo, dímelo y te llevaré para allá arriba. Tengo que ir a dar cuenta del resultado de mi ronda.

—No tardaré ya mucho en estar bien para subir a la grupa.

Poco más tarde, observando la impaciencia de su compañero y temiendo que éste pudiese sospechar algo, tuvo que decidirse:

—Cuando quieras, podemos marchar, pero tendrás que ayudarme a subir al caballo. No puedo doblar las rodillas.

—No te preocupes. Yo te subiré.

El mormón, un hombre joven y fuerte, se acercó a Zenker y le tomó con las dos manos por la cintura para subirle al caballo. El ex secretario, que había calculado todos sus movimientos, colocó los brazos de forma que su mano tropezase con el mango del cuchillo, el cual podía extraer con sólo dar un tirón hacia arriba y así, cuando fue elevado a lo alto, el simple movimiento sirvió para que su brazo sacase el cuchillo de la vaina.

El mormón pareció darse cuenta de la substracción, pues hizo un brusco movimiento para soltar a Zenker, pero éste, rápido como una centella, accionó el brazo y el cuchillo quedó clavado de modo salvaje en el pecho de su salvador.

Zenker cayó a tierra al ser soltado y el mormón, dándose cuenta, aunque tarde, de la traición, trató de sacar el revólver para disparar, pero Zenker se revolvió rápido y saltó de nuevo, empuñando con fiereza el cuchillo que no había soltado.

Lo hundió en el cuerpo del herido y éste cayó a tierra murmurando con rabia infinita:

—¡Traidor!… ¡Gra… nu… ja…!

No pudo decir más; se agitó convulso durante unos minutos y luego, quedó rígido como un árbol.

—Bueno —exclamó Zenker con gozo salvaje—. Ahora estoy libre de nuevo. Juré que me pagarían las vejaciones tanto Texas como ese cochino barbudo que me ha despreciado sin darme el valor que poseo y cumpliré mi juramento. Brigham no volverá a Salt Lake, porque acabaré antes con él y después…., Ya veré como me las ingenio para terminar con los otros. Tengo que hacerlo y lo haré, pase lo que pase… Texas ha de morir aquí y luego… Iré a su rancho, buscaré a Vera y me pagará esta doble traición. Ella no será ya nunca para mí, pero tampoco lo será para ese miserable espía, ni para ningún otro hombre en el mundo.

Miró despectivamente el cadáver del mormón sin preocuparse de él y le arrebató el revólver, las cápsulas y cuanto guardaba en los bolsillos. Sólo tenía tabaco, fósforos y algún dinero.

Ahora, con aquello, bien armado y con un caballo que para él era valiosísimo, volvería a la lucha con más ardor que nunca. Había sufrido demasiado en menos de dos días para dar al olvido los sufrimientos y perdonar a quienes se los habían hecho pasar.

Montó a caballo y, alegremente, siguió cañón adelante. No sabía dónde iría a parar, pero confiaba en encontrar la salida.

* * *

Texas, sujeto por la larga cuerda que sostenían entre una docena de soldados, iba descendiendo lentamente por el pendiente talud. Hábil escalador, siempre encontraba algún lugar donde afianzar pies o manos y como los arbustos presentaban ramas gruesas y retorcidas, le ayudaban en tan peligrosa tarea.

La pared tendría unos veinticinco metros de caída, según calculó mentalmente, y, por fin, tras media hora de peligroso descenso,

consiguió alcanzar el fondo sudando como un condenado.

Cuando llegó a él, tiró de la cuerda para advertir a sus compañeros que había llegado felizmente y se dispuso a registrar el fondo del cañón.

Pero apenas se había separado de la pared unos cuantos metros, sus ojos se dilataron al descubrir un cadáver y al acercarse a él observó con rabia y asombro, que se trataba de un desconocido que había muerto de dos terribles puñaladas en el pecho.

No lejos del muerto, descubrió los trozos cortados de las ligaduras de Zenker y esto, unido a comprobar que el muerto había sido despojado de sus armas, le bastó para adivinar que Zenker se había evadido de una muerte cierta, no muriendo al caer y matando en cambio a quien le había ayudado a salvarse.

Texas se sentía terriblemente furioso por el descubrimiento. Si alguna duda tenía de la negrura de alma de su enemigo, aquel detalle le bastaba para asegurarse. Era tan vil, que ni aún había poseído agradecimiento para respetar a quien le devolvía a la vida.

Registró los alrededores y pronto adquirió la convicción de que Zenker se había evadido a lomos de un caballo. Había descubierto el excremento del animal allí cerca y ya nada le faltaba por descubrir.

Lo único que ignoraba, era adonde conducía el cañón, pero no podía perder tiempo en intentar averiguarlo. Cuando quisiera adelantarse, llegaría tarde a capturar a su terrible enemigo Zenker.

Se ató de nuevo el lazo y avisó de que iba a comenzar la ascensión. Sus amigos tiraron de la cuerda y de nuevo se lanzó por la pared hacia arriba.

Cuando alcanzó el reborde, Born le miró a la cara y leyó en ella la rabia que le devoraba.

—¿Nada? —preguntó.

—¡Nada! Ese reptil tiene más vidas que un gato. No sólo no murió en la caída, sino que encontró quien le ayudase a desprenderse de sus ligaduras y luego le apuñaló apropiándose de su caballo para huir. ¡Es algo inaudito!

A Born y al capitán les costaba trabajo creer en aquello que parecía un milagro, pero los datos complementarios que Jim les facilitó, les rindió a la evidencia.

—Bien. Habrá que empezar de nuevo —dijo Born sordamente—.

Lo siento, pero acaso esto me proporcione la satisfacción de ser yo mismo quien le de la muerte algún día.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó el capitán.

—Esperar a que Nino se reponga un poco. Está noche, cuando haya dormido unas horas, le haremos despertar y nos pondremos en marcha. Aprovecharemos las sombras para acercarnos a la guarida de Brigham para tratar de sorprenderle. Si logramos echarle mano, nos habremos quitado esa pesadilla y nos dedicaremos a buscar a Zenker.

Capítulo Último

¡Preso…!

ERA noche cerrada, cuando Texas sacudió reciamente a Nino. Éste respiraba ruidosamente, pero no acusaba fiebre ni síntoma alguno que indicase que se hallara resentido de las terribles jornadas sufridas.

El mejicano despertó mascullando:

—¡Ya va, maldita sea Jalisco! Esperad, perros sarnosos, que tengo un par de rifles y un revólver para…

Medio dormido, accionaba buscando las armas en el suelo, hasta que por fin se dio cuenta de que estaba en terreno abierto y descubrió a Texas frente a él, mirándole sonriente.

—¡Maldito sea todo Méjico! ¿Qué diablos haces ahí, manito? Yo… ¡Oh, me había olvidado!… Claro… fuiste tú quien…

—Cálmate, Nino, no necesito que te esfuerces; lo sé todo.

—¿El qué?

—Todo lo salvaje que eres cuando te desatas. Me he enterado perfectamente de tu fuga, de la batalla que has sostenido con un centenar de sapos mormones y de cómo se te escabulló de las manos Zenker.

—¡Oh, bueno va! Jamás creí que ese cochino coyote, ¡maldita

sean sus tripas!, tuviese agallas para dejarse rodar por aquella sima… En cuanto sea de día, bajo de cabeza o así si es preciso, pero yo tengo que encontrar sus podridos huesos.

—No los encontrarás, Nino; ya he bajado yo y había desaparecido.

—¡No es posible, manito…! Si cayó de una altura que…

—No importa, los arbustos amortiguaron el golpe, rodó lentamente y cayó sobre un lecho de hojas. Luego…

Y le contó todo lo que había descubierto.

Nino bramaba de furor y se tiraba de sus negros rizos. Aquello significaba volver a empezar y ahora nadie sabía dónde poder localizar al cruel ex secretario.

—Ya le encontraremos, Nino —afirmó Born—. Ese cochino no nos perdonará los malos ratos sufridos. Ahora no cuenta con gente que le proteja y es más fácil cazar a un lobo solitario que a una manada.

—Bueno va. Y, ahora, ¿qué?

—Ahora, vamos a ver si desalojamos la montaña de mormones y podemos cazar al sapo barbudo de Brigham.

—¡Oh, sí, manito, y me lo dejarás a mí un ratito no más, maldito sea Guadalajara! Tenía preparado un gato de siete colas, creo yo, para acariciarme las espaldas y quiero arrancarle las barbas con él.

Bueno, de eso ya hablaremos. Lo primero es Cazarle. ¿Cómo te encuentras?

—Lo mismo que un león en la jaula de una perdiz. Tengo un hambre que me comería, creo yo, tres o cuatro esqueletos.

—Bueno, ahora te darán de comer hasta que revientes y después, si te sientes en condiciones, vendrás con nosotros y si no, te llevarán al campamento a reponerte.

—¿A quién? ¿A mí?… ¡Maldito sea Jalisco! ¡Pero si estoy más fuerte que una roca!… Dame cuatro rifles y cien sapos de esos y verás qué ensalada te arreglo.

—Bien, a cenar.

Le fue servido un abundante menú de carne asada y tortas, así como tocino frito y Nino se puso que no se podía mover de la cantidad ingerida.

Encendió su pipa, lanzó unas cuantas bocanadas de humo y lleno de optimismo, exclamó:

—¡Adelante, manito! Ahora, creo yo, puedo pelear con todos los sapos mormónicos que me pongan delante.

El capitán dio orden a sus soldados de prepararse para la partida y Nino, de repente, lanzó una maldición.

—¡Maldito sea el caballo de Atila! ¡Se han quedado con «Rayo»!… ¿Dónde monto yo ahora?

Hubo que requisarle un caballo de los más resistentes del escuadrón. Era un caballo de tipo ordinario, pero duró y resistente como pocos.

Nino montó en él, rezongando:

—¡Maldito sea Jalisco! Como no encuentre mi caballo o así, se lo saco de las tripas a ese maldito coleccionista de mujeres. ¡Cómo me llamo Nino Mendoza!

Lentamente, se pusieron en marcha. Media docena de exploradores marchaban por delante ojeando el terreno, sin que al parecer hubiese espías destacados.

Los dos prisioneros, fuertemente vigilados, iban en vanguardia señalando el terreno. Ambos temblaban de miedo al ponderar la traición que se habían visto obligados a hacer a los suyos.

Al cabo de una milla de recorrido, uno de los mormones se detuvo, diciendo:

—Estamos llegando al campamento. Ahora encontraremos una serie de cantiles que se unen entre sí y solamente hay dos pasos para entrar en el vano que rodean los peñascales. Seguramente habrá centinelas en ellos.

—¿Dónde están esos pasos?

—Uno a la izquierda y otro a la derecha.

—Capitán —ordenó Texas—. Que le acompañe uno de los prisioneros y explore por la derecha, mientras yo lo hago por la izquierda. Tenga cuidado ante una posible traición al menor gesto equívoco. Métale un cuchillo en los riñones si ve algo en su actitud que no le guste. Que le acompañe Born y cuide del prisionero. Nino vendrá conmigo.

Se repartieron los prisioneros y en dos grupos, se distanciaron de la tropa que quedó a la expectativa para intervenir rápidamente en caso de alarma.

Texas, seguido de Nino, que había montado al prisionero a la grupa de su caballo, se internaron por varios pasos estrechísimos,

avanzando diagonalmente hasta que él mormón advirtió en voz baja:

—¡Cuidado! Detrás de ese enorme peñascal se abre uno de los pasos.

Jim se apeó del caballo y pegado a la piedra para no proyectar sombra alguna debido a la luz de la luna que caía de través, avanzó sigilosamente hasta doblar un recodo. Allí, se arrojó a tierra y avanzó como un lagarto. Pronto descubrió el estrecho paso entre dos altos cantiles y en la entrada, cuatro individuos armados de rifle y con el oído atento y las armas empuñadas.

Cautamente retrocedió y poco después se unían a él Born y el capitán. También ellos habían descubierto, custodiando la entrada, media docena de hombres armados.

—¿Qué hacemos? —preguntó el capitán—. Son pasos difíciles de forzar por lo estrechos.

—Ya me hago cargo. Sólo podemos intentar algo. Que los que mejor sepan escalar procuren tomar posiciones en las alturas. Al amanecer, intentaremos el asalto y con la ayuda de buenos tiradores allá arriba, les haremos retroceder y desguarnecer las entradas.

—Bien, lo intentaremos, pero me parece que esta gentuza debe estar segura de que su caparazón es invulnerable.

—Ya lo veremos —aseguró Texas—. Otros más fuertes hemos forzado.

Veinte hombres ágiles y duchos en el escalamiento, tomaron posiciones en las cresterías de los cantiles. Fué un trabajo penoso, pero cuando alguno más ducho llegaba a las alturas, con ayuda de las cuerdas ayudaba a sus compañeros y así, en media hora, habían tomado los picachos más estratégicos y más factibles de ponerles a cubierto de las balas.

El resto de los soldados se repartió por los alrededores, cubriéndose con los peñascales y un silencio inaudito reinó durante lo que quedaba de noche.

Al amanecer, Texas ascendió a una cresta para echar un vistazo a las posiciones mormónicas. Su aguda mirada descubrió un conglomerado de peñascales rodeados de estrechísimos pasos y al fondo, una especie de claro donde debía estar la guarida de Brigham.

Más allá, se descubría una empinada senda que descendía de

modo violento, hundiéndose entre las paredes de un cañón. Seguramente aquella senda debía ser una salida de escape para el caso de verse acosados.

Se hallaba examinando el terreno, cuando, de súbito, restalló una detonación y el sombrero del audaz aventurero voló como un extraño pájaro, arrancado de su cabeza. Alguien, desde un lugar ignorado, le había descubierto dando la señal de alarma.

Texas se tumbó rápidamente sobre la piedra en el momento que se producía una algarabía infernal y docenas de rifles ladraban estrellando sus proyectiles contra las crestas de los cantiles.

Ya no había por qué ocultar su presencia y los soldados, bien a cubierto, abrieron fuego desde las alturas, barriendo los lugares más inmediatos y obligando a los que acudían a las entradas a replegarse tomando posiciones detrás de los peñascales.

Texas se asomó por entre dos piedras desiguales y abarcando el paisaje, ordenó:

—Concentrar los fuegos formando una barrera para que nadie pueda avanzar. Vamos a forzar las entradas.

Descendió con ayuda de una cuerda y corrió junto al capitán, que no sabía qué decidir.

—Adelante, capitán, hemos formado una muralla de plomo cortándoles la comunicación. Nadie puede cubrir huecos en las entradas. Si eliminamos a los que están en este lado defendiéndolas, podemos forzar el paso.

Texas, con la mitad de los soldados y el capitán con la otra mitad, avanzaron hacia los pasos, disparando rabiosamente. Los pocos mormones que se hallaban en este lado se defendían como demonios tratando de evitar que nadie pudiera avanzar, esperanzados de recibir refuerzos del interior, pero el fuego cruzado de los que disparaban desde lo alto lo impedían.

Fué una dura lucha para poder empujar a los defensores hacia el interior. Se pegaban a la piedra y disparaban casi a cubierto haciendo muy difícil el batirles.

Pero, poco a poco, fueron cayendo y al verse sin refuerzos, se desalentaron y trataron de huir a las posiciones interiores.

Pero cuando trataron de cruzar el vano hasta los siguientes cantiles, el nutrido fuego de los soldados que ocupaban las alturas acabaron de diezmarlos y tan solamente tres hombres consiguieron

salvar aquella mortal barrera, pero no sin recibir la caricia del plomo.

Texas y sus hombres penetraron tras ellos acosándoles fieramente, y como ya no era eficaz la acción de los soldados emboscados en las cresterías, se les ordenó descender para que se sumaran al asalto.

Pronto el pelotón en pleno luchaba por la posesión de cada hito de piedra y, poco a poco, iban avanzando hacia el interior, abatiendo defensores y obligando a otros a replegarse rabiosamente.

Nino, como un dios de la guerra, disparaba sin cesar en tanto que rugía:

—¡Sapos indecentes, malditos sean vuestros entresijos! ¿Dónde está ese cerdo barbudo que quería azotarme con el gato de siete colas? ¡Decirle que se arroje por lo alto de un cantil, antes de que yo le ponga encima la mano, porque creo yo que le voy a meter las barbas en el estómago a latigazos!

E intrépidamente, despreciando las balas concentradas contra él, hacía avanzar a su caballo, sintiendo silbar el plomo junto a sus oídos de una manera impresionante.

Rotas las defensas exteriores, los mormones se desorganizaron entregándose al pánico. Los pocos hombres enteros que no se dejaban impresionar por tan audaz ataque y defendían el terreno palmo a palmo, luchaban con desesperación para salvar a su jefe y en la guarida de éste todo era pánico y desorientación.

Cuando Brigham tuvo noticias de la marcha de la pelea y presintió que se hallaba copado, se entregó a la más honda desesperación e insultaba a sus hombres de una manera despiadada, amenazándoles con terribles castigos si no poseían coraje para rechazar a los atacantes.

Entre tanto, se había apresurado a organizar una pequeña caravana mandando por delante a la media docena de esposas que conservaba a su lado, haciéndolas huir por el pino sendero que bajaba hacia el otro lado de la montaña.

Media docena de hombres de confianza de él cuidaban de la caravana y sabían el lugar secreto donde debían conducirlas.

Brigham, por decencia, no huyó el primero con ellas. Tenía que mantener su prestigio e infundir aliento a sus sectarios si aún era posible hacerlo.

Pero se preparaba a huir en el momento en que juzgase insostenible la situación y para ello, había cuidado de preparar una gran caja que poseía, en la que guardaba sus joyas y el dinero que había salvado en su anterior huida.

Necesitaba un buen caballo para burlar la persecución y su atención se fijó en «Rayo», el caballo de Nino. Era un animal fuerte, poderoso y de preciosa estampa y le calculaba excelente galopador.

Hizo atar la caja junto a la silla y se filtró entre sus hombres para darse cuenta de la situación de la defensa, ayudándoles a contener al enemigo, pero media hora más tarde, abandonó la lucha comprendiendo que ya todo estaba perdido.

Rabioso y con la desesperación en el alma, montó a caballo y aprovechando los últimos esfuerzos de los mormones para defenderle, se lanzó senda abajo a todo galope.

Instantes después, el último baluarte quedaba roto y los que no caían defendiéndose, trataban de huir alocadamente, siendo perseguidos y apresados.

Nino y Texas se dirigieron a la entrada de una gran Cueva que suponían el refugio del patriarca mormón. No se habían equivocado, pues el decorado y el lujo relativo que reinaba en el interior así lo acusaban.

Pero al hallarla vacía, lanzaron un grito de furor y se adelantaron hacia la senda que descendía de un modo violento en agudos recodos.

Un jinete galopaba raudamente tragándose la distancia y Nino, que poseía una aguda vista, clamó:

—¡Maldito sea el infierno! ¡Mi caballo! ¡Ese cerdo está manchando a «Rayo» con sus pringosas posaderas! ¡Por todos los diablas del infierno que me las paga!

Ciegamente, sin recapacitar en nada, clavó las espuelas en el vientre de su cabalgadura y como un meteoro se lanzó cuesta abajo en pos del fugitivo.

Éste galopaba raudamente volviendo la cabeza con el temor de ser perseguido y este temor no tardó mucho en verse confirmado.

Brigham galopaba por la pendiente bordeando un precipicio que se abría a su izquierda, al rape de la senda. Era la pared de un profundo cañón.

Debido al vaivén del caballo, o a que la caja había sido atada

con precipitación, las cuerdas se aflojaron y el adminículo saltó a tierra inopinadamente.

Chocó contra el borde de la senda y al saltar, perdió terreno firme y fue a perderse en el fondo del cañón. Brigham lanzó una horrible maldición, pero ya nada podía hacer para recuperar su tesoro, al menos de momento. Le interesaba más su libertad y su vida amenazadas y a salvarlas debía dedicar sus esfuerzos.



Tantas veces como volvía la cabeza, tantas veces veía a sus alcances dos obstinados jinetes que ganaban terreno en pos de él. Eran Nino y Texas que no le perdían de vista.

No disparaban. Texas lo había prohibido, pues quería capturarle vivo, pero amenazaban con apresarle si no conseguía sacar más velocidad a su montura.

Furioso, le clavó las espuelas. «Rayo» no acostumbrado a tan atroz castigo, se rebeló dando saltos y corvetas peligrosas que retrasaban su marcha y cuando luchaba con su jinete tratando de

desobedecer al castigo, un silbido peculiar y prolongado vibró en la senda.

«Rayo», al oírle, enderezó las orejas, se quedó un momento tenso y luego, saltando de un modo inverosímil, lanzó al jinete por las orejas, volviendo grupas y corriendo al encuentro de Nino.

Había reconocido su llamada y no hubiese habido jinete en el mundo capaz de retenerle ni obligarle a variar de rumbo.

Brigham, despedido inopinadamente, fue a parar contra la pared del sendero, donde recibió un golpe en la cabeza que le privó de sentido, no dándose cuenta ya de lo que sucedía a su alrededor y así, cuando Nino llegó hasta él y desmontó, no pudo ver el rostro de su enemigo ni la feroz alegría que iluminaba su semblante.

Rabioso, levantó el cuchillo para hundírselo en el pecho, pero la voz de Texas le detuvo:

—¡Quieto, Nino! No nos pertenece. Se lo prometí al gobernador y se lo entregaremos vivo.





Fidel Prado Duque. Nació en Madrid el 14 de marzo de 1891 y falleció el 17 de agosto de 1970. Fue muy conocido también por su seudónimo F. P. Duke con el que firmó su colaboración en la colección Servicio Secreto.

Autor de letras de cuplés, una de las cuales alcanzó enorme relevancia: El novio de la muerte, cantada por la célebre Lola Montes, impresionó tanta a los mandos militares que, una vez transformada su música y ritmo fue usada como himno de la legión. Fue periodista y tenía una columna en El Heraldo de Madrid titulada «Calendario de Talia»; biógrafo, guionista de historietas y escritor de novela popular, recaló como novelista a destajo en la «novela de a duro».